

Cómo citar: Fernández Doctor, Juan José. 2026. Salamanca, Unamuno y la Guerra de España. *Alejandría* 5, 59-80.
www.um.es/cepoat/alejandria/archivos/10141

Salamanca, Unamuno y la Guerra de España

Salamanca, Unamuno and the Spanish Civil War

Juan José Fernández Doctor¹

Universidad de Castilla la Mancha, Ciudad Real, España²

Recibido: 29-9-2025 / Aceptado: 5-11-2025

Resumen

Este estudio propone un recorrido cronológico por los últimos meses de la vida de don Miguel de Unamuno y Jugo dentro del marco de su vida social e intelectual en Salamanca durante el estallido y consolidación de la Guerra Civil Española. Esta exposición explora mes a mes el progresivo aislamiento de Unamuno: desde sus dudas y contradicciones iniciales ante el clima político, pasando por su ambigua y beneplácita postura frente al Golpe de Julio, hasta llegar al famoso discurso del 12 de octubre en el paraninfo y su posterior rechazo social y reclusión forzada. A través de esta lectura, se analizará cómo el conflicto bélico reconfigura el espacio urbano, intelectual y emocional de Salamanca, así como el modo en que Unamuno encarna la lucha entre el compromiso y la desesperanza, entre la palabra y el silencio. Así, este trabajo dialoga con fuentes narrativas, epistolares y testimoniales para entretejer una figura que agoniza no solo como individuo, sino como conciencia colectiva de una nación rota.

Palabras claves: Historia de España, Siglo XX, Guerra Civil, Bando Nacional, Represión.

Abstract

This study proposes a chronological journey through the final months of Don Miguel de Unamuno y Jugo's life within the framework of his social and intellectual life in Salamanca during the outbreak and consolidation of the Spanish Civil War. This exhibition explores Unamuno's progressive isolation month by month: from his initial doubts and contradictions regarding the political climate, through his ambiguous and approving stance regarding the July Coup, to the famous October 12th speech in the auditorium and his subsequent social rejection and forced seclusion. Through this reading, we will analyze how the war reconfigured the urban, intellectual, and emotional space of Salamanca, as well as the way Unamuno embodies the struggle between commitment and despair, between words and silence. Thus, this work engages with narrative, epistolary, and testimonial sources to weave together a figure who is dying not only as an individual, but as the collective conscience of a broken nation.

Keywords: History of Spain, 20th Century, Civil War, Nationalist Party, Repression.

1. Unamuno y la España de 1936

El año de 1936 comenzó en España como la culminación de un proceso de radicalización política, descomposición institucional y confrontación social que había ido en escala desde los años anteriores sin ya

¹ JuanJose.Fdez2@alu.uclm.es - <https://orcid.org/0009-0006-0464-2168>

² <https://ror.org/05r78ng12>



una seria reconciliación³. Así, la Segunda República se encontraba ahora profundamente erosionada, siendo los primeros seis meses del año un claro preludio violento de lo que sería la Guerra Civil que estallaría en julio de ese año⁴. Todo en el país: el poder político, las relaciones sociales, la calle, la prensa, la universidad, etc. respiraba enfrentamiento y polarización bajo unas tasas como nunca antes vistas de intolerancia y violencia⁵.

En medio de este clima asfixiante, Miguel de Unamuno, ya septuagenario como rector vitalicio de la Universidad de Salamanca, observaba con creciente angustia la descomposición moral y política del país que tanto amaba⁶. Pese a la atmósfera partidista de esos meses, Unamuno, fiel a su espíritu crítico, liberal e independiente, rehusaba alinearse con ningún bando; pues desconfiaba profundamente tanto de la derecha autoritaria y militarista como de la izquierda revolucionaria y socialista, contemplando con pesimismo el avance del fanatismo, el sectarismo y la violencia como formas predominantes en el debate nacional⁷. Así, en sus discursos y artículos de invierno y primavera se puede apreciar claramente un desencanto ante una República que, para él, había traicionado sus ideales regeneradores bajo el amparo de hombres sin escrúpulos como Azaña⁸.

3 Hugh Thomas, *La Guerra Civil Española* (Ruedo Ibérico, 1967), 107-124. Véanse también, si siente especial interés por la Segunda República y las causas que llevaron a la Guerra Civil, los capítulos 3 al 10 de la misma obra.

4 Como el autor justo arriba citado nos dice, el proceso de radicalización política en España no comenzó en 1936, pese a que sean recordados como los meses más violentos, sino que fue una deriva progresiva desde los primeros años republicanos, en especial tras el Bienio Conservador que agravó la desconfianza entre las fuerzas de izquierda y de derecha. El clima se tensó aún más tras la Revolución de Octubre de 1934 en Asturias, considerada por muchos «Incluido un servidor» como el comienzo de la Guerra Civil. La violencia durante los primeros meses de 1936 fue multidireccional y transversal: atentados, incendios, huelgas, asesinatos políticos, etc. La prensa de uno y otro bando amplificaba los hechos para justificar sus posturas, lo que contribuyó a un clima de paranoia y odio colectivo que allanó el camino a la contienda.

5 Javier Paniagua, *España. Siglo XX. 1931-1939* (Ediciones Anaya, 1995), 64-65. De igual forma, aconsejo, por su brevedad, leer hasta la página 75 del citado volumen para comprender el contexto histórico y social que envuelven a este trabajo.

6 Como señala Jean Bécaraud en las últimas páginas de su obra justo abajo citada de 1965, Unamuno fue ante todo un político liberal, obediente solamente a sí mismo, de eternidades, que estaba muy por encima de las luchas interminables de partido. Fue, en definitiva, un político atípico, al exclusivo servicio de la España eterna a la que apasionadamente amó como el ingenuo adolescente que se enamora por primera vez.

7 Jean Bécaraud, *Miguel de Unamuno y la Segunda República* (Taurus, 1965), 58-63.

8 La relación entre Unamuno y Azaña siempre estuvo marcada por una profunda desconfianza ideológica y personal, pese a haber

1.1. Las elecciones de febrero: el ascenso del Frente Popular

El 16 de febrero de 1936 se celebraron en España unos comicios generales que resultaron decisivos para el devenir de la Nación⁹. La convocatoria se produjo en el marco de una creciente deslegitimación institucional por parte de los partidos de extremos y una aguda crisis social a raíz de las corruptelas del Gobierno del Partido Republicano Radical de Lerroux¹⁰, bajo el frágil gobierno de transición del Partido de Centro Democrático de Portela Valladares¹¹. Aquella jornada electoral dio la victoria al Frente Popular¹², una coalición de fuerzas de izquierda integrada por republicanos, socialistas, comunistas y otras formaciones obreras y progresistas que se presentaban como defensores del régimen republicano frente a la amenaza de una restauración autoritaria o monárquica¹³.

Los resultados supusieron un punto de inflexión dado que el Frente Popular obtuvo una mayoría en escaños, pese a que el voto estuvo muy equilibrado entre los dos grandes bloques de derechas y de izquierdas¹⁴.

compartido inicialmente el entusiasmo por la proclamación de la Segunda República. Mientras Azaña representaba para muchos el modelo de político-intelectual moderno, racionalista y centralizador, Unamuno lo veía como un burócrata del pensamiento, frío, tecnocrático y carente de hondura espiritual. En sus intervenciones públicas y correspondencia, Unamuno lo acusó de «despojar a la República de alma» y de haber sustituido la regeneración moral por una maquinaria ideológica. En una carta de 1935, recogida en la página 411 del Tomo V de sus *Obras Completas* abajo debidamente referenciada, declaró que «Azaña no ama a España, la administra. Y eso es peor que traicionarla». Para Unamuno, el ascenso de Azaña al poder fue el símbolo de la traición del espíritu republicano que él había soñado, uno basado en la conciencia individual, el humanismo y el pluralismo ideológico. Esta idea y obsesión de Unamuno hacia Manuel Azaña se fue acrecentando con el pasar de los meses.

9 Henry Buckley, *Vida y muerte de la República Española* (Espasa-Calpe, 2005), 153-160.

10 El escándalo del estraperlo del año 1935 expuso la corrupción sistemática del Bienio Conservador y hundió al Partido Republicano Radical de Lerroux hasta sus máximos históricos. Sobre ello, véanse las páginas justo anteriormente citadas, así como también las páginas 1-27 de obra que editan Elham y Richards del 2010 justo abajo referenciada.

11 Chris Elham y Michael Richards, «Historia, memoria y la Guerra Civil española: Perspectivas recientes» en *España fragmentada* (Comares, 2010), 1-27.

12 Thomas, *La Guerra Civil Española*, 97-106. Cabe destacar que es muy interesante el esquema que ofrece en su publicación este autor acerca de la terna del sistema electoral de 1936.

13 Rafael Abella, *La vida cotidiana durante la Guerra Civil: La España Nacional* (Planeta, 1975), 11-20.

14 Rafael Abella, *La vida cotidiana durante la Guerra Civil: La España Nacional*, 11-20. Con resultados tan ajustados, como postula el autor y como otros historiadores como José Javier Esparza han admitido, no se podía pretender gobernar el país solo para unos, ignorando a los otros. Si verdaderamente se quería mantener el

El margen ajustado, sin embargo, fue interpretado de forma definitiva por ambas partes: para las izquierdas, era un mandato popular para retomar las reformas sociales paralizadas durante el bienio conservador¹⁵; para las derechas, una amenaza directa al orden, la propiedad y los valores tradicionales¹⁶. Así, desde ese mismo momento, la legitimidad del resultado fue puesta en duda por amplios sectores de la oposición, que hablaban de fraude, coerción y violencia electoral, aunque tales acusaciones no fueron confirmadas de manera concluyente en 1936¹⁷.

A partir de febrero, España vivió una aceleración vertiginosa de su fragmentación interna¹⁸. El nuevo gobierno, presidido inicialmente por Manuel Azaña, trató de restaurar las reformas iniciadas en 1931, por lo que se reanudaron las medidas de secularización, se decretó una amnistía general para los presos de la insurrección de 1934, y se intentó reactivar la reforma agraria y la autonomía catalana. Estas decisiones, aunque coherentes con el programa electoral del Frente Popular, provocaron una reacción furibunda de la derecha política, la iglesia, sectores del ejército y parte de la judicatura, que consideraban que el país

se dirigía hacia una revolución social de inspiración soviética¹⁹.

Para Miguel de Unamuno, las elecciones del 16 de febrero no fueron motivo de júbilo ni de esperanza, sino de profunda inquietud y desencanto, pues el viejo pensador vasco observaba con atención y con creciente alarma el proceso de deterioro institucional que envolvía a la Segunda República²⁰. Lejos de percibir en el triunfo del Frente Popular una restauración de los ideales republicanos que él mismo defendía, Unamuno contempló los resultados como una reafirmación del clima de enfrentamiento ideológico irreconciliable que empujaba a España hacia una fractura definitiva o como él ya había puesto de manifiesto en sus escritos y pensamientos, una necesaria guerra civil²¹.

Su relación con la República había sido ambigua desde el comienzo, pues si bien en 1931 celebró la caída de la monarquía y apoyó activamente el nuevo

orden, tras las elecciones se debería de haber gobernado sin cesiones a la derecha ni tampoco a la izquierda. Lastimosamente, las distintas concesiones a la izquierda en su afán por republicanizar el Régimen Republicano solo llevaron a la crispación, la radicalización y la violencia de un país incapaz ya de reconciliarse consigo mismo.

15 Henry Buckley, *Vida y muerte de la República Española*, 161-171. La izquierda, tras su ajustada victoria en febrero de 1936, consideró que el electorado había respaldado la reanudación de las reformas agrarias, educativas y autonómicas suspendidas durante el bienio conservador. Esta lectura reforzó la agenda del Frente Popular y la percepción de que existía un mandato popular para completar el proyecto republicano interrumpido por el Gobierno de Lleras, lo que tensionó las relaciones con una amplia base de la sociedad española.

16 De igual forma, según Hugh Thomas, las derechas interpretaron los resultados como el preludio de una revolución social, inspirada por el marxismo soviético, que ponía en riesgo la propiedad privada, el orden público y los valores religiosos. La reacción conservadora se radicalizó desde ese momento, y se intensificaron los discursos sobre la necesidad de salvar España del caos.

17 Desde el momento en que se anunciaron los resultados, diversos sectores de la oposición denunciaron fraude, coerción y violencia electoral; sin embargo, en 1936 no se realizaron investigaciones independientes que confirmaran estas acusaciones. No obstante, investigaciones y análisis históricos llevados a cabo en las últimas décadas, con acceso a documentos y testimonios que antes estaban ocultos o reprimidos, han demostrado que efectivamente hubo prácticas fraudulentas que afectaron a la legitimidad del proceso electoral y dieron la vuelta a unos resultados que en la primera vuelta habían sido favorables a las candidaturas de derechas. Por lo que, curiosamente, ninguno de los dos bandos beligerantes en la Guerra Civil era precisamente democrático. Caso de la obra de Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García abajo referenciada.

18 Paniagua, *España. Siglo XX. 1931-1939*, 60-65.

19 Eduardo González Calleja, "El simbolismo de la violencia durante la Segunda República Española, 1931-1936" en *España fragmentada* (Comares, 2010), 54.

20 Bécaraud, *Miguel de Unamuno y la Segunda República*, 58-63. Unamuno desde el verano de 1935 a la primavera de 1936, muestra en sus últimos artículos cada vez una mayor crítica a las milicias y hombres de partido de uno y otro signo, de los que aborrece en sus pretensiones de acabar con la República y con todo el progreso emergido del glorioso siglo XIX español. Poco a poco, Unamuno se va quedando mudo, obsesionado con la tormenta que él mismo predica con salir de su obra *Abel Sánchez*, como así lo muestra uno de sus últimos artículos en el cual dice con respecto a estos partidos: «Por debajo de la función reglada con su programa, está la acción, la terrible acción del coro que no obedece ante corifeos, que no oye a las reglas ni las entiende; está la acción desencadenada. La de los que creen que el arreglo de la casa está en la matanza».

21 Para entender esta guerra civil unamuniana que recorrerá buena parte de sus escritos en este último año de su vida, véanse las propias palabras del escritor vasco recogidas en la obra de Luciano Egido del 2006 en la página 34: «España está muy necesitada de una nueva guerra civil, pero civil de veras, no con armas de fuego ni de filo, sino con armas de ardiente palabra, que es la espada del espíritu». Esta afirmación, fechada allá por 1903 y repetida de forma constante e inamovible a lo largo de los siguientes treinta años, toma aún más fuerza a partir de 1934 en los periódicos, revelando con nitidez el pensamiento de Unamuno en un momento de creciente polarización política y social. Para Unamuno, la auténtica guerra civil, la única que necesitaba España y que debía de avecinarse no era la del enfrentamiento sangriento entre hermanos de uno u otro signo o color político, sino una confrontación intelectual, moral y espiritual entre las distintas visiones del país. Su guerra civil, como se explica en las páginas 111-114 del *Resentimiento Trágico de la Vida* abajo referenciado, aspiraba a ser una catarsis colectiva que despertara las conciencias, abriera el debate crítico y renovara el pensamiento nacional, alejándolo del fanatismo, la intolerancia y la cerrazón ideológica. No obstante, pocos meses después estallaría la verdadera guerra civil, armada y destructiva, que tanto él como otros intelectuales no supieron prever en toda su magnitud, y que acabaría silenciando y despreciando esa otra guerra, dialéctica y hegeliana, que él tanto reclamaba.

régimen, para el cual por su trabajo y prestigio fue uno de los nombres junto al de Niceto Alcalá-Zamora para encabezar la presidencia de esta, no tardó en distanciarse de lo que consideraba una deriva sectaria, anticlerical y violenta²². Esa misma actitud se mantuvo ante la victoria del Frente Popular, que Unamuno no celebró, sino que por el contrario lamentó; dado que veía con gran preocupación el protagonismo creciente tanto del Partido Socialista como de Azaña, a quienes acusaba de entregarse a una lógica revolucionaria que negaba el espíritu liberal, humanista y racional que él consideraba esencial para el progreso de España y, por tanto, de la República²³.

En esos días de febrero, su correspondencia personal y sus comentarios a conocidos revelan un tono de desconfianza y pesimismo²⁴. No era simpatizante de la derecha, a la que consideraba reaccionaria y anquilosada, pero tampoco confiaba en una izquierda que, a su juicio, se dejaba arrastrar por la pasión de la revancha y el dogmatismo ideológico. Ninguna de las dos Españas lo representaba ya. El país, a su entender, se alejaba cada vez más del diálogo y la razón para entregarse a la agitación, al odio y a la vorágine de su destrucción²⁵.

Así, para Unamuno, las elecciones de febrero de 1936 no representaron una solución, sino una aceleración del desastre. El viejo ideal de una República regeneradora, moral y plural que él había soñado, quedaba aún más lejos y casi inalcanzable. Y mientras tanto, la política española, atrapada entre el grito revolucionario y la conspiración cívico-militar, se alejaba de los valores que él más defendía: la dignidad y la libertad interior como forma de hacerse a uno mismo y que, en su debacle, arrastraba consigo a todos los españoles²⁶.

1.2. La primavera de 1936: un clima de radicalización y violencia generalizada

Tras la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, España se sumergió en una espiral de radicalización política y violencia social que terminó de minar la poca estabilidad que restaba todavía a la Segunda República²⁷. Lejos de calmarse, el ambiente político se tornó cada vez más crispado, pues tanto la derecha como la izquierda interpretaron el resultado electoral como un punto de no retorno²⁸, y los meses siguientes estuvieron marcados por una profunda erosión del orden institucional, enfrentamientos callejeros y un sentimiento generalizado de que una guerra civil era no solo posible, sino una solución a los males que estaba pasando de una u otra parte el País²⁹.

La izquierda, envalentonada por el triunfo electoral, impulsó con rapidez la aplicación de las medidas prometidas³⁰: amnistía para los presos políticos, reactivación de la reforma agraria, restitución de autonomías suspendidas, y restitución de cargos a funcionarios depurados durante el bienio derechista. Estas decisiones, que buscaban reparar agravios, fueron percibidas por los sectores conservadores como una ofensiva revolucionaria y como una amenaza directa al orden establecido³¹. La derecha parlamentaria, incapaz de articular una oposición efectiva en el Congreso, comenzó a retirarse del marco institucional y a colaborar indirectamente con sectores golpistas o que simplemente veían como única solución la toma de las calles y del monopolio weberiano de la violencia³².

En el plano social, la tensión se tradujo en una intensificación sin precedentes de la violencia

22 Bécarrud, Miguel de Unamuno y la Segunda República, 9-28. Unamuno recibió con entusiasmo la caída de la monarquía en 1931, viendo en la República una posibilidad de redención nacional. No obstante, su adhesión inicial, para quien en su afán por sentirse España se sentía profundamente vinculado a la nueva realidad republicana, pronto se tornó en una crítica feroz al percibir una deriva ideológica encabezada por gentes como Azaña en la que los partidos ocupaban ahora el viejo puesto de las oligarquías y buscaban borrar buena parte del pasado que para bien o para mal se había vivido en pro de un fervor que convertía la República en una religión política. «Cada vez que oigo que hay que republicanizar algo me pongo a temblar, esperando alguna estupidez inmensa». Poco a poco iría abandonando su carrera política, para volver a dedicarse a tiempo completo a su carrera intelectual.

23 Bécarrud, Miguel de Unamuno y la Segunda República, 58-63.

24 Bécarrud, Miguel de Unamuno y la Segunda República, 58-63.

25 Emilio Salcedo, Vida de Don Miguel (Ediciones Anaya, 1964), 377-404. Preludio de lo que a futuro sería la Guerra Civil Española.

26 Bécarrud, Miguel de Unamuno y la Segunda República, 9-28 y 58-63.

27 Eduardo González Calleja, «La necro-lógica de la violencia sociopolítica en la primavera de 1936» *Mélanges de la Casa de Velázquez* 41, no. 1 (2011): 37-56. Siendo este trabajo muy interesante dada su minuciosidad a la hora de estudiar la violencia tanto de un bando como de otro tras las elecciones del '36.

28 Thomas, *La Guerra Civil Española*, 107-124.

29 Bécarrud, Miguel de Unamuno y la Segunda República, 9-28 y 58-63.

30 Thomas, *La Guerra Civil Española*, 107-124.

31 González Calleja, «La necro-lógica de la violencia sociopolítica en la primavera de 1936», 37-56.

32 Abella, *La vida cotidiana durante la Guerra Civil: La España Nacional*, 11-20. Como este autor señala, la violencia no fue solo una consecuencia del enfrentamiento ideológico, sino también una herramienta política. Dado que tanto la izquierda como la derecha recurrieron a ella como medio para imponer sus visiones del país. Uno de los aspectos más inquietantes que Abella destaca es cómo la violencia dejó de ser marginal y pasó a ser tolerada, incluso alentada, por sectores que antes defendían el orden constitucional. La derecha, al sentirse desplazada, comenzó a justificar la insurrección como única vía de restauración del orden, mientras que la izquierda, radicalizada, veía en la confrontación directa una forma de acelerar la revolución social.

política³³: se multiplicaron los atentados, las peleas callejeras, los asesinatos de militantes, los ataques a iglesias³⁴, la ocupación de fincas rurales, y las huelgas generales. En ciudades como Madrid, Barcelona, Valencia o Zaragoza, los enfrentamientos entre milicias obreras y falangistas eran frecuentes y generalizados, no siendo esta violencia patrimonio exclusivo de un bando u otro³⁵.

Por otro lado, la debilidad y dependencia del Estado republicano se hizo cada vez más evidente³⁶. El Gobierno, presidido por Azaña desde mayo quien bajo sus aspiraciones de poder había logrado apartar del cargo al Padre de la República, Niceto Alcalá Zamora³⁷, se encontraba entre la presión de las bases revolucionarias que exigían cambios profundos, y la necesidad de mantener la legalidad republicana y evitar una confrontación abierta³⁸. El sistema judicial

estaba desbordado, las fuerzas de seguridad divididas y desmoralizadas, y el Ejército, profundamente infiltrado por conspiradores, se encontraba así polarizado y dividido³⁹. Entre abril y junio de 1936, los informes de inteligencia advertían de un plan militar en preparación, pero el Ejecutivo se mostró incapaz de anticipar su alcance real, dado que creían que sería otra Sanjurjada más que tras unas semanas solo serviría para reafirmar y reforzar su tan cuestionado poder⁴⁰.

Mientras tanto, para Miguel de Unamuno, el periodo que siguió a las elecciones de febrero de 1936 fue vivido como una amarga confirmación de su diagnóstico más sombrío sobre España⁴¹: la Nación había perdido la brújula moral, y el discurso racional y ético había sido suplantado por la histeria de los extremos⁴². La victoria del Frente Popular, lejos de representar un renacimiento democrático, precipitó lo que él percibía como una espiral irreversible hacia la barbarie de los “hunos” y los “hotros”⁴³.

33 González Calleja, “La necro-lógica de la violencia sociopolítica en la primavera de 1936”, 37-56.

34 Siendo muy interesante al respecto de la violencia religiosa sistémica y generalizada, lo que nos propone acerca de este fenómeno Mary Vincent en su capítulo abajo referenciado de la obra colectiva de 2010 titulado *Las llaves del Reino: Violencia religiosa en la Guerra Civil Española, julio-agosto de 1936*. Pues la Guerra Civil Española, así como las vísperas de la misma, la denominada primavera sangrienta que tanto influyó en el pensamiento de Unamuno, fue el acontecimiento sangriento anticlerical más grande que jamás haya conocido Europa.

35 Como expone Hugh Thomas en las páginas 107-124 de su obra clásica de 1967 justo abajo referenciada, esta violencia no fue un fenómeno aislado ni exclusivo de un sector ideológico, sino una expresión generalizada del colapso del consenso republicano. Señala que tanto la izquierda como la derecha participaron activamente en actos de agresión sin ningún otro fin que imponerse y prevalecer. En ciudades como Madrid, Barcelona o Valencia, la violencia se convirtió en parte del paisaje urbano, con milicias obreras y falangistas enfrentándose casi a diario. Así, también Thomas subraya que esta escalada no solo desestabilizó el orden público, sino que erosionó la legitimidad del sistema democrático, preparando el terreno para el golpe militar de julio de 1936.

36 Thomas, *La Guerra Civil Española*, 107-124.

37 Buckley, *Vida y muerte de la República Española*, 161-171.

38 Thomas, *La Guerra Civil Española*, 107-124. El colapso institucional que atravesaba la Segunda República se hace completamente visible con la destitución de Niceto Alcalá Zamora y la llegada de Manuel Azaña a la presidencia, marcando un giro hacia una política más ideologizada, que debilitó el equilibrio entre legalidad republicana y presión revolucionaria. Así, el Gobierno se encontraba atrapado entre las demandas de las masas obreras y campesinas, que exigían reformas inmediatas, y la necesidad de mantener el orden constitucional frente a una derecha cada vez más hostil en las calles. El sistema judicial estaba paralizado por la sobrecarga de casos y la pérdida de legitimidad, mientras que las fuerzas de seguridad sufrían divisiones internas que las hacían ineficaces y vulnerables a la insubordinación, llevó a que el ejército, profundamente polarizado y fiel a sus convicciones de salvar el país, se convirtiera en el epicentro de la conspiración golpista. Aunque los servicios de inteligencia alertaron sobre movimientos golpistas entre abril y junio, el Ejecutivo subestimó la amenaza, creyendo que se trataba de una repetición del fallido Golpe de Sanjurjo en 1932.

Esta percepción errónea, como advierte Thomas, permitió que la conspiración se consolidara sin una respuesta efectiva, precipitando el levantamiento militar de julio y el inicio de la guerra.

39 Buckley, *Vida y muerte de la República Española*, 172-181.

40 Bartolomé Bennassar, *El infierno fuimos nosotros: La Guerra Civil Española 1936-1942* (Taurus, 2005), 71-72. Así como también Rafael Abella, *La vida cotidiana durante la Guerra Civil: La España Nacional*, 11-20. Ambos abordan cómo entre abril y junio de 1936 el Gobierno recibió múltiples advertencias sobre la preparación de un levantamiento militar por parte de servicios como la Unión Militar Republicana Antifascista o UMRA. Sin embargo, Manuel Azaña y su gabinete interpretaron erróneamente estas señales, creyendo que se trataba de una intentona similar a la Sanjurjada de 1932, la cual sería rápidamente sofocada y serviría para reforzar su propia base de poder y control. Esta falsa analogía llevó a una peligrosa inacción en la que no se realizaron detenciones preventivas, no se reestructuraron severamente los mandos militares, y, sobre todo, se subestimó la coordinación nacional del complot. Este exceso de confianza política, sumado a la fragmentación del Ejército y la polarización ideológica, permitió que los conspiradores consolidaran sus planes sin obstáculos, precipitando el golpe del 17 de julio y el estallido de la guerra. El error de Azaña no fue solo táctico, sino profundamente político, al ignorar el alcance real de la amenaza y confiar en una legalidad republicana que ya no tenía ninguna capacidad de contención real.

41 Bécarud, *Miguel de Unamuno y la Segunda República*, 9-28 y 58-63.

42 Thomas, *La Guerra Civil Española*, 107-124. En lugar de diálogo político, se impuso la histeria ideológica, donde los sectores más radicales, tanto de izquierda como de derecha, dominaron el panorama nacional, debilitando cualquier intento de conciliación democrática. Esta atmósfera de confrontación, marcada por la violencia y la desconfianza institucional, anticipó el colapso del sistema republicano.

43 Miguel de Unamuno, *El Resentimiento Trágico de la Vida* (Ediciones Pretextos, 2019), 156-163. Otro de sus grandes términos por aquellos meses de 1936, además del de la guerra civil, sería el de los “hunos” y los “hotros”. Unamuno deformó así las voces unos y otros para subrayar, de manera irónica y dolorosamente amarga, que ambos bandos en conflicto compartían una misma pulsión de

Unamuno observaba con dolor e incredulidad cómo el país entero se desgarraba⁴⁴. Desde su cátedra en Salamanca, asistía impotente a la sustitución del debate político por el odio visceral⁴⁵. La República, aquella esperanza de regeneración nacional que había abrazado en 1931, se le antojaba ahora un experimento fracasado⁴⁶, devorado por la violencia callejera, el revanchismo ideológico y el populismo incendiario⁴⁷.

El pensador vasco, firme defensor de la razón, la heterodoxia y la libertad interior, no se sentía representado por ninguno de los dos polos enfrentados⁴⁸: por un lado, a la derecha la veía atrapada en una nostalgia autoritaria, dispuesta a aliarse con la fuerza bruta para preservar sus privilegios; mientras que por otro, a la izquierda, engrandecida por la victoria electoral, la acusaba de abandonar el pensamiento por la agitación, convirtiendo el ideal republicano en un dogma revolucionario de clases sin alma. En definitiva, a ambos los culpaba en esos meses de haber vaciado a España de su espíritu y de su memoria⁴⁹, de haber hecho un conflicto político civil en incivil, y, al mismo tiempo, rememoraba en silencio y preocupado los tiempos de la última guerra civil que había sufrido el País en los años de su infancia y de la cual habían surgido sus cimientos liberales y civilizadores⁵⁰.

Ante la pasividad o ineptitud del Gobierno republicano para frenar la violencia y su propia deriva interna hacia la polarización⁵¹, Unamuno sentía, obsesionado, que el país se precipitaba hacia lo inevitable, hacia una guerra civil incivil, diferente

a las luchas más o menos nobles que habían bañado y configurado la España decimonónica⁵²; una guerra que, a diferencia de quienes la esperaban con fervor como forma de salvación o purificación, él la temía como una tragedia que acabaría por liquidar el país entero, pese a que incluso él estuviera dispuesto a abrazar esta idea⁵³. No veía en ella una solución, sino una expresión de la derrota de una sociedad incapaz de convivir con la diferencia y la individualidad que habían caracterizado su propia vida.

2. Salamanca, Unamuno y la Guerra de España

El estallido de la Guerra Civil Española el 17 y 18 de julio de 1936 transformó radicalmente el espacio urbano, político e intelectual de Salamanca, que pasó en cuestión de semanas de ser una ciudad universitaria de tradición humanista a convertirse en uno de los centros neurálgicos del nuevo poder militar⁵⁴. La elección de Salamanca como cuartel general del bando sublevado no fue meramente estratégica, sino que también tuvo un valor simbólico dado a su peso cultural y a su conservadurismo sociopolítico, a lo que se sumó la presencia de figuras clave como Miguel de Unamuno⁵⁵.

Su posición institucional y su autoridad moral le colocaron en un lugar central y ambivalente en los primeros meses del conflicto, llegando incluso a formar parte del órgano de gobierno municipal de Salamanca⁵⁶. De esta forma, lejos de mantenerse al margen, Unamuno fue un testigo privilegiado de la transformación de Salamanca en capital de retaguardia del franquismo naciente, y su papel público, desde sus primeros pronunciamientos a favor hasta el famoso discurso del 12 de octubre, lo convirtió en símbolo y, al mismo tiempo, en víctima del proceso de instrumentalización ideológica que caracterizó los primeros seis meses de la contienda civil⁵⁷.

barbarie. Al hablar de los “hunos” con respecto al marxismo y el anarquismo del Frente Popular, evocaba a los pueblos nómadas asociados en la historiografía con la devastación y la violencia contra la civilización romana; con los “hotros” en respecto al Gobierno de Burgos, en paralelo, creaba un neologismo simétrico que, aun sin esa carga histórica, denunciaba que el bando contrario no era menos destructor ni menos intolerante por mucho que se aupara como defensor de la civilización cristiana y occidental. Con este recurso, el escritor vasco rechazaba y ridiculizaba cualquier interpretación maniquea de la contienda, pues ni el Gobierno de Madrid ni el Gobierno de Burgos podían arrogarse en exclusiva la defensa de la justicia o de la verdad. En ambos veía excesos, fanatismos y una misma dinámica de deshumanización que amenazaba con arruinar el porvenir de España.

44 Thomas, *La Guerra Civil Española*, 107-124.

45 Bécarud, *Miguel de Unamuno y la Segunda República*, 58-63.

46 Para entender mejor de esto que hablo, aconsejo al hábil lector que consulte la obra ya antes usada y abajo debidamente referenciada de Henry Buckley, *Vida y muerte de la República Española*.

47 Bécarud, *Miguel de Unamuno y la Segunda República*, 51-57.

48 Thomas, *La Guerra Civil Española*, 107-124.

49 Bécarud, *Miguel de Unamuno y la Segunda República*, 58-63.

50 Bécarud, *Miguel de Unamuno y la Segunda República*, 58-63.

51 Bennassar, *El infierno fuimos nosotros: La Guerra Civil Española (1936-1942)*, 71-72.

52 Bécarud, *Miguel de Unamuno y la Segunda República*, 58-63. Inicialmente esperanzado con la Segunda República, pronto se sintió profundamente decepcionado por su incapacidad para frenar la violencia y por la creciente polarización política que la desgarraba desde dentro. Como señala Jean Bécarud, Unamuno percibía con angustia en esos meses primaverales que España se precipitaba hacia una guerra incivil, una expresión que no solo denunciaba la brutalidad del conflicto, sino también la pérdida de toda ética y abolengo que, en su visión, habían caracterizado las luchas del siglo XIX y su País Vasco natal.

53 Bécarud, *Miguel de Unamuno y la Segunda República*, 58-63.

54 Thomas, *La Guerra Civil Española*, 203-207.

55 Abella, *La vida cotidiana durante la Guerra Civil: La España Nacional*, 103-104.

56 Luciano Egido, *Agonizar en Salamanca* (Tusquets, 2006), 56.

57 Ricardo Robledo Hernández (ed.), *Salamanca en la Guerra Civil Española (Crítica, 2007)*, 233-261.

Este segundo bloque del estudio⁵⁸ se centra en reconstruir, desde una perspectiva cronológica y contextual, la evolución del pensamiento y la actitud de Unamuno ante el nuevo escenario político y militar. Para ello, se analizarán sus discursos, intervenciones públicas y correspondencia privada entre julio y diciembre de 1936, poniendo especial atención a tres aspectos: su reacción inicial ante el golpe de Estado durante los meses de julio a septiembre, sus tensas relaciones con los militares de octubre y noviembre, y el proceso de aislamiento y ruptura interior que desembocó en su agonía final hasta su muerte el 31 de diciembre⁵⁹.

2.1. Unamuno y el Golpe de Estado: Julio-Septiembre de 1936

Así, el 18 de julio se generalizó por toda España el conflicto civil, llegando hasta Unamuno quien estaba en su gran metáfora de vida, Salamanca⁶⁰. La misma noche del 18 de julio, comenzarían a llegar a Salamanca las primeras noticias de la sublevación militar, reuniéndose de manera extraordinaria en el Gobierno Civil las fuerzas del Frente Popular junto a algunos intelectuales, sindicalistas y militares de la ciudad para deliberar acerca de lo que estaba

ocurriendo en el País⁶¹; por lo que, ante la calma de la ciudad y la confesada fidelidad de los mandos al Gobierno, decidieron no hacer nada al respecto, como sucedió en muchas otras ciudades, pese a que algunos militares y asociaciones obreras estuvieran alertando sobre el peligro que se cernía. No obstante, pocas horas después de dar por concluida la sesión extraordinaria, en la mañana del 19 de julio, bajo un telegrama enviado por el general Saliquet desde Valladolid, los militares tomaron las calles y proclamaron el Estado de Guerra en Salamanca⁶², quedando toda la vida civil ligada a la circunscripción militar, prohibiendo así las reuniones, las huelgas o la tenencia de armas, entre muchas otras demandas.

Así, la mañana del 19 de julio en Salamanca se había ido convirtiendo poco a poco en virtud de los acontecimientos en un frenesí de rostros y gentes que iban de un lado para otro⁶³. Por un lado estaban los mandos militares y policiales sublevados frente a la sorpresa y perplejidad de los mandos civiles y de gobierno; por otro lado estaban los falangistas apresados en la cárcel contando las horas para ser liberados frente a los obreros y sindicalistas que, temerosos, se refugiaban en la Casa del Pueblo midiendo sus posibilidades de resistencia o de huida; seguidamente, los salmantinos de a pie murmuraban inquietos frente a los periodistas que no daban abasto de ir de un lado para otro recabando nuevas noticias y desechando los antiguos titulares; y por último, estaba Unamuno.

Unamuno se enteró del bando militar en el casino que frecuentaba en la calle Zamora, reaccionando con cierto alivio, satisfacción e incluso júbilo, creyendo que por fin España se salvaría y se renovaría de todos sus males por medio de esta nueva guerra civil⁶⁴. Lo

58 El bloque central de todo este trabajo. El cual no hubiera sido posible sin las aportaciones ya realizadas a la cuestión por parte del muy estimado y nonagenario Luciano G. Egido quien ha dedicado buena parte de sus años a estudiar la vida y obra del pensador vasco como su vasta bibliografía no solo aquí usada demuestra; aportaciones que aquí, humildemente, se siguen desarrollando y revisando bajo nuevas fuentes primarias que corroboran muchas, que no todas, de sus tesis al respecto de los últimos meses de Unamuno.

59 Fernando Díaz Plaja, *La Guerra de España en sus documentos* (Gráficas Templarios, 1966), 314. «Salamanca. En las primeras horas de la última noche del año circuló por esta ciudad el rumor del fallecimiento de don Miguel de Unamuno, noticia confirmada poco después. El señor Unamuno, aunque algo delicado de salud desde hacía bastante tiempo, venía haciendo vida normal. El día 31 se levantó a las diez y media y pasó la mañana leyendo cuentos y narraciones infantiles a su nieto Miguel. A las cuatro y media de la tarde recibió la visita de un amigo, con el que conversaba en su despacho, cuando sufrió un desvanecimiento repentino, muriendo poco después, rodeado de su familia».

60 Al respecto de Salamanca como epicentro de toda la vida unamuniana recomiendo la lectura de la obra *Salamanca, la gran metáfora de Unamuno* de Luciano Egido. A través de ella, uno puede adentrarse en la compleja relación entre el escritor vasco y la ciudad que lo acogió durante la mayor parte de su vida y que tanto le marcó en su obra. Egido nos muestra cómo Salamanca no fue para Unamuno simplemente una residencia obligada por su cátedra, sino una auténtica matriz simbólica en la que se fraguaron sus preocupaciones filosóficas, religiosas y existenciales. Siendo así en esa Salamanca, al mismo tiempo real y mítica, donde Unamuno halló el espejo de su propia lucha interior.

61 Santiago López García y Severiano Delgado Cruz, «Que no se olvide el castigo: la represión en Salamanca durante la Guerra Civil» en *Salamanca en la Guerra Civil Española* (Crítica, 2007), 104-109.

62 López García y Delgado Cruz, «Que no se olvide el castigo: la represión en Salamanca durante la Guerra Civil», 104-109.

63 López García y Delgado Cruz, «Que no se olvide el castigo: la represión en Salamanca durante la Guerra Civil», 104-109. El 19 de julio de 1936, Salamanca vivió así una jornada decisiva en el inicio de la Guerra Civil Española; puesto que mientras los mandos militares sublevados tomaban puntos estratégicos de la ciudad, las autoridades civiles se debatían entre la perplejidad y la impotencia. Así como la seguida liberación de falangistas presos, el refugio de obreros en la Casa del Pueblo y el tiroteo en la Plaza Mayor, con cinco muertos, entre ellos una niña de 14 años marcarían el tono de una represión que se intensificaría en los días siguientes y conduciría a la tónica general en la retaguardia de la contienda.

64 Unamuno, *El Resentimiento Trágico de la Vida*, 111-114. Guerra civil que le recordaba no ya tanto a la guerra de su vocabulario, sino a aquella guerra civil de su infancia vasca y de su abuela Benita Unamuno y Larraza. Pronunciamiento que, al menos en su

que no sabía entonces, era que esa salvación civil de España conllevaría la represión incivil de buena parte de la población de Salamanca y, por extensión, de toda España⁶⁵.

Las calles de la ciudad fueron quedando poco a poco vacías por el desconcierto y el miedo de los continuos disparos que se oían por los barrios obreros y después, durante la noche, en las afueras de la ciudad⁶⁶. Sin embargo, Unamuno, terco y soberbio a sus convicciones, siguió haciendo vida normal y asistiendo a sus sitios de reunión habituales como el Café Novelty de la Plaza Mayor de la ciudad, aunque no hubiera nadie y pese a que muchos de sus amigos estuvieran encarcelados o buscados por los militares y milicianos. Su intención con esto, no era otra que la de convencer a sus conciudadanos de que no pasaba nada, que no había nada que temer a los militares, que solamente estaban haciendo una función de limpieza a la República para salvarla de su decrepitud y falta de espíritu⁶⁷. Sin embargo, nadie le hizo caso: ni los salmantinos, ni sus amigos que no habían sido apresados o buscados, ni sus enemigos; nadie quiso acompañarlo al calor del acerón del Novelty en su

empresa de querer quijotesco de ser el pacificador ocioso de la ciudad⁶⁸.

Poco a poco, las calles y las terrazas volvieron a llenarse ante una nueva normalidad en la que se había instalado el nuevo lenguaje bélico⁶⁹. Así, el día 23 de julio le solicitaron amablemente a Unamuno que formara parte del nuevo Ayuntamiento que se estaba constituyendo en sustitución de la anterior corporación del Frente Popular, aceptando el cargo sin pensarlo⁷⁰.

68 En su empresa de yoísmo universal, como tantas otras veces a lo largo de su vida y vivencias había pretendido, llegando incluso a vincular la propia realidad espiritual de España con sus propios problemas y existencia, a modo de obsesión, como si él fuera una España en pequeño, en simbiosis, siendo este uno de sus tantos rasgos característicos y que tan bien lo definirían a lo largo de la contienda civil, como el profesor Elías Díaz o el propio escritor Max Aub así dicen, y queda recogido en la página 239 del volumen colectivo de 2007 editado por Ricardo Robledo Hernández abajo referenciado, así como de igual forma en las páginas 553-582 de la obra conjunta de 1998 editada por el hoy catedrático y magnífico profesor José Gregorio Cayuela de la Universidad de Castilla-La Mancha. Sin embargo, y como en las mismas páginas justo arriba referenciadas de Luciano Egidio se dice, si que le prestaron atención los militares, quienes vieron en Unamuno una clara oportunidad de blanquear su régimen nacional e internacionalmente por medio de la colaboración del famoso intelectual en él.

69 Como apunta Luciano Egidio en las páginas justo antes citadas, el nuevo orden impuesto en Salamanca no solo fue militar, sino lingüístico. Los diarios locales comenzaron a emplear un léxico con un alto tono marcial, nacionalista y religioso, caso de los términos cruzada o limpieza, así como las noticias reales fueron paulatinamente sustituyéndose por las noticias deseables e imaginativas.

70 Lo aceptó así, sin pensárselo, dado que venía ya años reclamando un cambio radical en la política española, como a lo largo de la obra abajo referenciada de Jean Bécaraud de 1965 se exponen a más detalle sus encontronazos, contradicciones y disidencias durante la Segunda República; y que ahora se hacían más evidentes desde que Azaña había logrado en la primavera deshacerse de Alcalá-Zamora y ocupar su lugar como Presidente de la República en lo que él entendía como su aprovechamiento y abuso del poder. Lo aceptó así, porque estos nuevos señores le garantizaban bajo su fidelidad a la República un verdadero cambio civilizatorio, occidentalizador y cristiano hacia esa república que el pensador vasco tenía idealizada en su cabeza. Como diría unas semanas más tarde y recoge Luciano Egidio en la página 56 de su obra de 2006: «[Él no había cambiado], era el Gobierno el que había tomado el camino equivocado». Creía así que podría volver a impartir doctrina por medio de sus palabras desde el Ayuntamiento en esa contienda civil que tantas otras veces había ido anunciando en sus escritos como demoledora del cambio social y cultural que necesitaba el País, desde su liberalismo e individualidad del que parecía desconocer el peso de las consecuencias de sus palabras. En definitiva, hizo lo que creía que debía hacer, como así Luciano Egidio en la misma obra del 2006 en la página 58 recoge las palabras que dijo al tomar posesión de su cargo como edil de la corporación y que nos permiten ver las muy seguras motivaciones que lo llevaron a sumarse a la causa de los sublevados: «Estoy aquí porque me considero un elemento de continuación, pues el pueblo me eligió concejal el 12 de abril, y porque el pueblo me trajo, aquí estoy, sirviendo a España por la República. No se trata hoy de

cabeza, le hacía volver a esas guerras entre liberalismo y absolutismo que bañaron buena parte del siglo XIX español y que al menos él, ingenuamente, creía que volvería ahora entre civilización y barbarie, entre democracia y marxismo.

65 Rafael Cruz, “Viejos símbolos, nuevos significados. La movilización rebelde en el verano de 1936” en *España Fragmentada* (Comares, 2010), 207-228. Así como Egidio, *Agonizar en Salamanca*, 48-52. A partir de la tarde del 19 de julio, habían sido puestos en libertad los falangistas de la Cárcel Provincial, quienes junto con los nuevos voluntarios que se les adherían y los hombres de Acción Popular de Gil Robles comenzarían las detenciones, palizas y ejecuciones a las afueras de la ciudad de frentepopulistas, como el alcalde o el presidente de la federación obrera de la ciudad, ambos amigos de Unamuno, así como de todo aquel sospechosos de serlo. Un mes más tarde, entre la infinitud de represaliados, se sumaría su gran amigo, discípulo y rector de la Universidad de Granada, Salvador Vila, quien sería arrestado en Salamanca y llevado a Granada para su ejecución pocos días después de Federico García Lorca.

66 López García y Delgado Cruz, “Que no se olvide el castigo: la represión en Salamanca durante la Guerra Civil”, 99-189. Soy plenamente consciente de que cito todo el capítulo que aborda buena parte de la represión en la Provincia de Salamanca, dado que recomiendo a cualquiera que lo lea por su detallada exactitud acerca de los hechos que aquí vengo hablando y seguiré relatando en las próximas páginas. De este capítulo, es quizá lo más curioso, además de la propia información acerca de la represión y las cárceles que sus primeras cuarenta páginas nos ofrecen, los expedientes y causas de dicha represión que desde la página 153 en adelante se manifiestan íntegramente, pudiendo ver buena parte de esa salvaje pesadilla que el propio volumen manifiesta acerca de la Guerra Civil.

67 Egidio, *Agonizar en Salamanca*, 48-52.

Constituyéndose la nueva corporación municipal para el día 25 con tibios republicanos, personalidades de la aristocracia y del turno monárquico, industriales y nuestro protagonista.

El 24 de julio se publicó en el ABC de Sevilla un nuevo manifiesto del general Franco en continuación al días atrás dado, al comienzo de la sublevación, en Las Palmas⁷¹. A Unamuno sus palabras le recordaron a los viejos pronunciamientos militares decimonónicos que tanto él en sus textos había criticado y como anhelado, por lo que ante su insistencia de renovar España comenzó a ver en Franco un estadista capaz de hacerse con la situación en contraposición con otros poderes como los del general Mola o Azaña⁷²; reafirmandose con sus convicciones de que la República necesitaba ser limpiada⁷³.

Los días siguientes comenzaron a extenderse cada vez más los rumores de los distintos crímenes que estaban llevando a cabo las milicias de los partidos, sobre todo los falangistas, en toda la provincia de Salamanca⁷⁴. Crímenes que Unamuno no llegaba a creerse del todo o que si habían sucedido estaban siendo víctimas de la exageración y del pánico del momento, así como si habían ocurrido, era porque bien merecido se lo tenían

ideologías; no se respetan las ideas, ni se oponen estas a las otras; es triste, triste es decirlo, un estallido de malas pasiones, del que hay que salvar a la civilización occidental, que está en peligro. Aquí me tienen, mientras me lo permitan mis otros servicios, hasta mi edad. Lo peor no es tampoco la mala pasión, sino que se pierda la inteligencia, creando una generación de idiotas, pues los chicos de dieciocho años físicos tienen la mentalidad de los de cinco. Todos los días, al ir a la Casa Rectoral, paso ante la estatua de Fray Luis de León, que es la mejor de Salamanca, con su magnífico gesto de la mano tendida, en signo de paz y de calma. Hay que salvar la civilización occidental, la civilización cristiana, tan amenazada. Bien de manifiesto está mi posición de los últimos tiempos, en que los pueblos están regidos por los peores, como si buscaran los licenciados de presidio para mandar».

71 Abella, *La vida cotidiana durante la Guerra Civil: La España Nacional*, 21-32.

72 Como postula el profesor Elías Díaz, Unamuno tenía en buena estima a Franco, a diferencia de otros generales como Saliquet o, sobre todo, el general Mola, a quienes aborrecía profundamente. Esto se debía a la percepción que Unamuno tenía de Franco como un militar pragmático y moderado, capaz de mantener un orden dentro del caos de la Guerra Civil. Mientras que Mola representaba para él la radicalidad y el extremismo de la sublevación, con su enfoque rígido y su personalidad autoritaria y sangrienta, Franco parecía encarnar una figura más equilibrada, que no estaba necesariamente movida por la sed de poder o la ambición personal desmedida.

73 Cruz, "Viejos símbolos, nuevos significados. La movilización rebelde en el verano de 1936", 207-228.

74 Para saber más al respecto de estos desagradables acontecimientos, véanse las páginas 263-279 de la obra colectiva del año 2007 abajo referenciada que supervisa el profesor Ricardo Robledo Hernández.

las Autoridades del Frente Popular por sus errores como tantas veces había estado avisándoles desde los periódicos en el pasado⁷⁵.

Poco a poco desde Madrid y el exterior del país, grandes intelectuales con distintas motivaciones irían reagrupándose a favor del Gobierno del Frente Popular⁷⁶, así como criticando abiertamente la postura terca de Unamuno, la cual cada vez comprendían menos, para paulatinamente comenzar a atacarlo⁷⁷.

A comienzos de agosto en torno a Salamanca y la vida de Unamuno acontecen dos sucesos de crucial importancia. El primero de estos llega el día 8 de agosto cuando en las listas de suscripciones para recaudar fondos de guerra aparece su nombre junto a la donación de la generosa suma de 5.000 pesetas⁷⁸.

75 La dificultad de Unamuno para aceptar los crímenes cometidos por las milicias sublevadas radicaba no solo en su desinformación inicial, sino también en su profunda convicción de que el país necesitaba una catarsis, una guerra civil, que restaurase el sentido moral y espiritual de su vida pública. Sin embargo, esta visión trágica del sacrificio civilizatorio fue malinterpretada y distorsionada por los sublevados que usaron su figura para justificar lo crímenes que él, en el fondo, aborrecía. Véase esto en las páginas 233-261 de la obra colectiva del año 2007 de Ricardo Robledo.

76 Intelectuales españoles y del extranjero comenzaron a apoyar al Gobierno Republicano. Sus motivaciones eran diversas: algunos defendían la legalidad gubernamental, otros buscaban la justicia social o se oponían al fascismo. El ejemplo más icónico de esto fue Rafael Alberti, quien participó activamente coordinando periódicos como el *Mono Azul*, así como con propaganda y actividades culturales. Otro caso reseñable, desde el autoexilio, fue el caso de Juan Ramón Jiménez, quien difundió su apoyo mediante publicaciones y manifiestos en los que abogaba por la reconciliación sin dejar de apoyar la causa del Gobierno de Madrid.

77 Es digno de mencionar el número del 10 de agosto del periódico izquierdista *Mundo Obrero*, número centrado íntegramente en atacar la figura del pensador vasco bajo, como ya se puede ver desde el titular de este: «Unamuno al servicio del fascismo en Salamanca». Siendo este el primero de los grandes ataques que recibiría la figura de Unamuno por parte de los periodistas, militantes e intelectuales del Gobierno de Madrid.

78 Estas listas, como así las explica Rafael Abella en su obra de 1975, eran registros públicos donde se anotaban los nombres de personas o entidades que aportaban dinero para apoyar el esfuerzo bélico del Bando Nacional, tendiendo a publicarse normalmente en periódicos o boletines, indicando el donante y la cantidad entregada, siendo muchas veces salvoconductos públicos en los que se ponía de manifiesto la vinculación particular con dicho bando frente a posibles riesgos de marginación, persecución o extorsión por ser sospechosos de pertenecer al Frente Popular. El caso particular de Unamuno, como postula Luciano Egido en las páginas 74-75 de su obra del 2006, es bastante llamativo, dado que dona una inmensa suma de dinero, similar a la de los grandes latifundistas, cuando precisamente él mismo en sus escritos manifiesta estar pasando cierta escasez dado que no tiene solo que mantenerse a él, sino a varios de sus hijos y nietos, más ahora que no contaba con los ingresos de dinero que ganaba por escribir de manera continuada en periódicos y otras publicaciones, paralizados por la guerra. Ello demuestra que esta donación más

El segundo de estos hechos sucede dos días después, cuando el día 10 detienen en su casa de Salamanca a Filiberto Villalobos⁷⁹. Sobre el día 14 de agosto recibió en su casa la visita de un periodista norteamericano, Knickerbocker, el cual estaba recorriendo la España Nacional como corresponsal de guerra⁸⁰, muy interesado en su postura a favor de los Nacionales cuando unos años atrás había sido uno de los Padres Fundadores de la República⁸¹.

que por convicciones ideológicas, fue una de las muchas muestras que se dieron en pro de ganar cierta complicidad y respetabilidad ciudadana.

79 Josefina Cuesta Bustilla y Manuel Redero San Román, "Desventuras del exministro Villalobos, de la guerra civil al exilio interior (1936-1955)" en *Salamanca en la Guerra Civil Española*, (Crítica, 2007), 299-318. Como apunta Josefina Cuesta, poca gente en Salamanca se esperaba la detención de este médico, catedrático y político liberal que no había tenido ninguna vinculación con el Frente Popular, sino que era detractor del mismo y había participado como ministro de instrucción pública con su fallida reforma educativa durante los gobiernos de Llerux y de Portela Valladares, siendo años después absuelto de todos sus cargos. Sin embargo, para Unamuno esta detención de su querido amigo liberal, fue un jarro de agua fría para todas aquellas declaraciones suyas que había dado en favor del Bando Sublevado, cuestionándose cada vez más si estos, que prometían acabar con los males de España, eran en espíritu diferentes a aquellos que combatían.

80 Los corresponsales de guerra durante la Guerra Civil Española desempeñaron un papel clave en la construcción del relato internacional del conflicto, tanto a favor como en contra de uno u otro bando. Figuras como Ernest Hemingway, Martha Gellhorn, George Orwell o Robert Capa, en el caso de la España Republicana como apunta Abella en su obra acerca de la España Republicana, narraron y fotografiaron los acontecimientos desde el frente y la retaguardia, aportando testimonios directos que influyeron en la opinión pública mundial. Para saber más al respecto de estos personajes que surcaron en una y otra zona el territorio nacional, aconsejo que se consulte el capítulo 23 de la obra de Rafael Abella abajo citada referida a la España Nacional.

81 Egido, *Agonizar en Salamanca*, 80-82. De estas declaraciones, recogidas por Egido en su obra, son las más interesantes los siguientes fragmentos: «Madrid está bajo el control del bandillaje y la licencia, y el mundo debe enterarse de que la guerra civil española no es una guerra entre liberalismo y fascismo, sino entre civilización y anarquía». «Madrid sufre de una verdadera enfermedad mental y colectiva». «Como acto patriótico, Azaña debería suicidarse». «Esos energúmenos declaran que tienen derecho a quemar iglesias y llaman República Libre a la que quiere suprimir todas las libertades religiosas». «Campesinos sin instrucción alguna hablan de Rusia como si la conocieran». «Yo no estoy a la izquierda o a la derecha. Yo no he cambiado; es el régimen de Madrid el que ha cambiado». «Cuando todo pase, estoy seguro de que yo, como siempre, me enfrentaré con los vencedores». Insistiendo nuevamente con la línea que había estado esgrimiendo desde su adhesión al Ayuntamiento en los primeros días del conflicto que antes en su debido pie de página pudimos ver. A lo largo de las declaraciones a los periodistas, caso de estas, sus palabras irían sirviendo de entrada de unas bases intelectuales sólidas con las que el Bando Sublevado iría justificando paulatinamente su mensaje de conquista, así como bajo la instrumentalización de la contradicción e ira de Unamuno, irían aflorando buena parte de las bases y consignas ideológicas

El día 18 de agosto la maquinaria de propaganda del Bando Nacional volvió a usar las palabras que había estado empleando Unamuno en sus anteriores intervenciones sobre la cuestión de la contienda civil, esta vez de la mano del general Mola⁸². Se estaba así, sin quererlo, convirtiendo en ideólogo intelectual del Bando Sublevado, a la vez que, de igual manera, se estaba ganando el recelo, el repudio y el odio de los partidarios nacionales e internacionales del Gobierno de Madrid, junto con los cuales él había compartido tantas vivencias en los años anteriores⁸³.

El engrandecimiento e instrumentalización de sus palabras llevó a que los ataques de los intelectuales del Gobierno de Madrid se incrementaran y agudizaran de manera constante⁸⁴. Hiriendo y atormentando a su ego que siempre había pecado de contradecirse y de no mantenerse callado ante nadie que le llevara la contraria, más cuando le asqueaba todo aquello que le acusaban, caso de la colaboración con Mola⁸⁵.

del fascismo español que José Antonio había dejado incompletas, como así lo apunta Hugh Thomas en su obra abajo referenciada.

82 Unamuno se sintió abochornado, como así lo deja de manifiesto en sus papeles del *Resentimiento Trágico de la Vida*, obra abajo referenciada, por el retorcimiento cada vez más de sus palabras como tesis ideológica de la cruzada que estaban llevando a cabo los Sublevados, sobre todo cuando su uso venía de parte de generales como Mola a quien él tanto y tan profundamente despreciaba.

83 Caso de Juan Ramón Jiménez, de Ilya Ehrenburg, de Jean Cassou, o de Antonio Machado, entre muchos otros. Se estaba ganando poco a poco el recelo de todos cuantos solo sabían de él por lo que las noticias de los distintos periódicos, de una u otra ideología, desconociendo por completo lo que realmente cada vez más le estaba pasando por la cabeza.

84 Es muy sonado el caso del ataque de Ehrenburg con su *Carta a Unamuno* la cual fue reproducida en infinidad de medios españoles y extranjeros, caso del *Mono Azul*, bajo el titular: «Don Miguel de Unamuno, profesor de la Universidad de Salamanca, exrevolucionario y expoeta, colaborador del general Mola». Palabras que determinarían durante muchos años para mucha gente la imagen del intelectual vasco como la de un teórico fascista.

85 Egido, *Agonizar en Salamanca*, 76-79. A estos ataques en una carta privada a un amigo suyo belga le contestaría, como así pone de manifiesto Luciano Egido en la antes referenciada obra, explicándole lo siguiente: «Espero no ofenderle llamándolo mi querido amigo, cuando parece que tantas cosas nos separan [...] En aquel tiempo pensábamos del mismo modo y éramos ambos bastante liberales. Yo aún lo soy mucho, puedo asegurárselo, ¿No lo es usted? Sería una pena [...] Sí, quiero confesarlo: he llorado. He llorado porque una tragedia ha caído sobre mi patria. España se enrojece y corre la sangre. ¿Sabe usted lo que esto significa? Significa que en cada hogar español hay dolor y angustia. Y yo, yo que creía trabajar para el bien de mi pueblo, yo también soy responsable de esta catástrofe. No dudo que muchos se precipitarán a difundir las nuevas de que Unamuno nos ha traicionado, ha repudiado ignominiosamente el concepto soberano de democracia socialista [...] No, no permita que propaguen esta leyenda. Sé que han hablado de mí en los periódicos de su país y algunos me han juzgado muy severamente. Tal es su derecho. Pero yo también tengo derecho a exigir la verdad, no me abochorna confesar que me he equivocado. Lo que lamento

Así, el día 22 el Gobierno de Madrid destituiría a Unamuno de todos los cargos que había ido ganando con su esfuerzo a lo largo de su vida mientras que incomodaba a unos y a otros⁸⁶. Para Unamuno, esta noticia firmada por Azaña, lo llevó a cegarse aún más en sus odios y resentimientos hacia el Gobierno del Frente Popular y a reafirmarse con sus convicciones de que estaba haciendo lo correcto: que estaba luchando contra unos poderes corruptos, decadentes, dementes y anárquicos⁸⁷. Para los Nacionales, la noticia fue de júbilo y de satisfacción acerca de cómo ese hombre viejo, a su lado, estaba incomodando a todos los

poderes de la capital; felicitándolo por ello al propio intelectual vasco en reiteradas ocasiones. Sin embargo, no solo perdería con esa destitución del Ministerio de Instrucción Pública y de Bellas Artes sus títulos honoríficos y académicos, también perdería en la Zona Frentepopular las calles e institutos con su nombre, caso de Bilbao, e incluso se comenzarían a perseguir y a quemar sus obras como fascistas, rancias y tradicionalistas⁸⁸. Del mismo modo que el Gobierno del Frente Popular, sus intelectuales seguían, ahora incluso con más fuerza, con sus habituales cargas homicidas contra la obra y pensamiento de Unamuno⁸⁹.

En los últimos días de agosto, cuando en la Zona Nacional se había oficializado ya la bandera tricolor de la monarquía, llegó hasta Salamanca la noticia de la muerte del excelso poeta García Lorca, quien había sido fusilado el día 17 en Granada. El rumor de que había sido fusilado por los sublevados⁹⁰, horrorizó a Unamuno, quien comenzó a cuestionarse si esta guerra civil era su guerra civil, tan paradójica y tantas veces deseada⁹¹. Todos sus pensamientos sobre España se le vinieron abajo, ya no entendía nada, acusando de esto a esa locura colectiva que había invadido las mentes de los españoles en ese terrible año de 1936 y que ya venía de lejos⁹².

es haber engañado a muchos otros. Veo a mi alrededor un pesar inmenso, del cual soy responsable. [...] Tal vez usted, mi querido amigo, concluya que si he cambiado de bando lo hice para salvarme de ciertos peligros. La historia me había mostrado la imagen de una España grande y espléndida. Sentí el dolor de su decadencia. Creí necesario invocar la democracia socialista para levantarla. Creí que una antigua tradición de civilización cristiana podía sustituirse impunemente, e incluso con provecho, por el más progresivo materialismo. Luché por esta reforma. Un día saludé entusiasta la llegada de la República Española. Amanecía una nueva era, ¡España revivía! Pero España estuvo a punto de perecer. En muy poco tiempo el marxismo dividió a los ciudadanos, conozco la lucha de clases, en el reino del odio y la envidia desencadenados. Conocimos un periodo de pillaje y crimen. Nuestra civilización iba a ser destruida. Usted comprenderá probablemente el impulso irresistible que hoy empuja al pueblo español a expulsar a aquellos que lo engañaron. [...] Es a usted a quien me dirijo; a usted que está todavía con ellos. No quiero dudar de su buena fe, pero ¿No sentirá remordimiento el día que ardan los hogares de su país, cuando se maten los hijos de su tierra y todo porque usted sembró el odio en sus corazones?» Por medio de ello, podemos nuevamente ver la justificación y convencimiento de las decisiones autobiográficas, de toda una vida, que lo llevaron a unirse a los Sublevados.

86 Salcedo, *Vida de Don Miguel*, 408-412. Miguel de Unamuno desarrolló una brillante carrera académica y literaria, llegando a ser catedrático de griego y varias veces rector de la Universidad de Salamanca. Su prestigio intelectual le valió nombramientos honoríficos y reconocimientos internacionales, entre ellos diversos doctorados honoris causa otorgados por universidades europeas y americanas. Al mismo tiempo, su espíritu independiente y crítico lo llevó a enfrentarse a gobiernos de distinto signo: fue destituido en 1914 de sus cargos por Alfonso XIII y luego de nuevo repuesto, para más tarde volver a ser destituido por Primo de Rivera y desterrado a Fuerteventura en 1924, posteriormente acogido con honores en Francia; más tarde, durante la Segunda República, volvió a ser aclamado e incluso nombrado hijo predilecto de la República. Así, su vida se caracterizó por una tensión constante entre los méritos y distinciones que acumulaba y las sanciones y expulsiones que padecía por mantener con terquedad su libertad individual de pensamiento.

87 Estas afirmaciones las podemos ver en las notas que por esos días comenzaría a tomar acerca de la contienda para un nuevo ensayo que acabaría volviéndose un diario íntimo e inacabado de sus últimos meses que titularía como *El Resentimiento Trágico de la Vida: Notas sobre la Revolución y Guerra Civil Española*, dada su imposibilidad de seguir escribiendo en periódicos. Aunque inconexas, son quizás estas páginas las que mejor nos muestran la lucha interior y el cambio mes a mes en su parecer hacia la situación que estaba viviendo el país.

88 Egido, *Agonizar en Salamanca*, 94-97.

89 Un ejemplo de los muchos textos incendiarios y envenenados por la circunstancia que se publicarían por entonces, y de los ya antes citados, es el artículo publicado en el *Mono Azul* de Armando Bazán bajo la cabecera de «Unamuno junto a la Reacción». Desde estas semanas, el respeto y admiración que le tenían los izquierdistas españoles se fue cada vez más perdiendo y mezclándose con los cantos de guerra; difuminando la imagen del genio vasco a la de un fajista puritano amigo de Queipo, de Mola y de Franco, condenándolo al grupúsculo de los indeseables.

90 Thomas, *La Guerra Civil Española*, 191-192. No obstante, cada vez se pone más en cuestionamiento que fuera fusilado por los falangistas por motivos ideológicos —Corriente a la que me adscribo—; pues como ya en tiempos postuló su amigo y poeta Luis Rosales, quien le dio cobijo en sus últimos días, él se había ido de Madrid a Granada por temor a las milicias de izquierda que lo acosaban y difamaban en la capital previo a la sublevación. A lo que Rosales añadió que si se acabó, según él, con la vida de Lorca, fue muy seguramente por rencillas familiar ajenas al conflicto o, en su defecto, imbuidas y exaltadas por este. De lo que no hay duda es de que en la Zona del Frente Popular Federico García Lorca hubiera corrido la misma suerte, como así sucedió con tantos otros intelectuales y académicos de todos los estratos y tipos sociales. Sobre esta cuestión, ajena quizá al grosso de este trabajo, aconsejo la lectura del artículo de Eduardo Castro denominado *García Lorca en el recuerdo. Artículo en dos entregas de Luis Rosales en ABC*; así como el texto algo más crítico de Ian Gibson llamado *Los últimos días de García Lorca: Luis Rosales aclara su actuación y la de su familia*.

91 Luciano Egido, «Unamuno, en guerra» en *Salamanca en la Guerra Civil Española* (Crítica, 2007), 233-261.

92 Unamuno, *El Resentimiento Trágico de la Vida*, 29. Esto mismo lo podemos ver desde la primera oración de sus muchas notas sobre las contiendas que haría en eso antes explicado llamado *El*

Poco a poco, desde esos días finales de agosto en que se había sustituido la bandera republicana por la monárquica, sus pensamientos iban distanciándose y emigrando de su posición inicial, aunque ni el Gobierno de Burgos, ni el Gobierno de Madrid, ni tan siquiera los intelectuales lo supieran. Poco a poco, aquel hombre viejo iba teniendo más y más dudas y miedos acerca de estos “hotros” que no eran tan diferentes a los “hunos”⁹³. Sin embargo, públicamente, seguía propaganda las mismas consignas, aunque más difusamente.

Once días después de su destitución, el día 1 de septiembre el Gobierno de Burgos presidido por el general Cabanellas firmó un decreto que reponía en todos sus cargos de manera vitalicia a Miguel de Unamuno en la Zona Nacional⁹⁴. Al mismo tiempo, los estragos de la guerra seguían llegando a Salamanca, seguían así llegando noticias de esa contienda instalada en el día a día de la ciudad, hiriendo la consciencia de liberal de Unamuno⁹⁵. También, sobre esos primeros días de septiembre, intelectuales y profesores parados se refugiaron en el pensador vasco para pedirle auxilio y que intercediera por ellos para que obtuvieran algún cargo y/u oficio en su universidad⁹⁶. Al igual que con

los intelectuales y los profesores, Unamuno comenzó a recibir cartas de amigos y conocidos que estaban ahora presos en las cárceles nacionales y que le pedían que, desde su posición de concejal y de máximo intelectual del Bando Sublevado, intercediera por ellos⁹⁷.

Con la llegada el 12 de septiembre desde América del general Millán Astray, fundador de la Legión, para ofrecer sus servicios a la Causa Nacional, un día después un corresponsal francés entrevistaba de nuevo a Unamuno⁹⁸. Ese mismo día 13, el Gobierno de Burgos por medio de un nuevo decreto ilegalizaba y condenaba los partidos políticos del Frente Popular⁹⁹, lo que volvió a confirmar a Unamuno el carácter autoritario y contrario a los ideales republicanos por los que él se había pronunciado¹⁰⁰.

Por esos mismos días de mediados de septiembre y con un nuevo año académico a la vuelta de la esquina, como rector de la Universidad de Salamanca, Unamuno fue nombrado presidente de la Comisión

Resentimiento Trágico de la Vida: «El pueblo esp[añol] se entrega al suicidio. Pero como le retiene el instinto animal de vivir, y reproducirse, se entrega a estupidizarse, al opio o al alcohol, al goce de morir matando. Un pueblo no de vividores, sino de moridores. Que muero porq[ue] no muero. Deseando q[ue] haya delincuentes para gozar en castigarlos. ¿Quiénes son los malos en este pueblo? No los conocemos. Tiene q[ue] haberlos».

93 Unamuno, *El Resentimiento Trágico de la Vida*, 156-163. A lo que añadiría, como ejemplo de esto, una frase de la página 33 y otra de la página 39 de este diario inconexo e íntimo que dice así: «Entre los hunos y los hotros están descuartizando España». «No son unos españoles contra otros, no hay anti-España, sino toda España, una, contra sí misma. Suicidio colectivo».

94 Salcedo, *Vida de Don Miguel*, 408-412. Recibiendo los aplausos y halagas de académicos y eruditos de la Zona Nacional.

95 Egidio, “Unamuno, en guerra”, 233-261. Las calles se llenaban de rumores sobre las sacas nocturnas que terminaban con cadáveres abandonados en cunetas, se celebraban juicios sumarísimos con fusilamientos inmediatos en el Campo de San Francisco, y familias enteras quedaban marcadas por la desaparición de padres, hijos o hermanos. Incluso intelectuales y antiguos amigos suyos, como el alcalde Casto Prieto Carrasco o el rector de la Universidad de Granada, Salvador Vila, fueron víctimas de la represión. Pero los horrores no se limitaban al entorno inmediato a Salamanca, llegaban noticias de la brutal represión en Badajoz, de los bombardeos indiscriminados en ciudades como Málaga o Madrid, y de la violencia desatada en ambos bandos contra religiosos, maestros, homosexuales y campesinos. La suma de estos hechos fue quebrando así poco a poco los pilares morales de Unamuno, quien, pese a haber apoyado y celebrado inicialmente el alzamiento, se le iba haciendo más difícil seguir justificándose por medio de sus viejas palabras.

96 Egidio, *Agonizar en Salamanca*, 103-104. Uno de los muchos ejemplos de estos fue el catedrático de estructura atómico-molecular

y espectroscopia de la Facultad de Ciencias de la Universidad Complutense de Madrid, Miguel Catalán.

97 Egidio, “Unamuno, en guerra”, 233-261. Quizá el caso más conocido, que no el único, sea el del pastor protestante Atilano Coco, amigo íntimo del pensador vasco que había sido llevado a la cárcel bajo el cargo de masón. Pese a sus exhaustivos ataques al Gobierno de Madrid, ello no le impedía implicarse en el socorro de frentepopulistas y otras gentes conocidas o desconocidas. Sin embargo, por mucho que a lo largo de estos meses de contienda Unamuno intentó interceder por los reos, sus gestiones fueron en la mayoría de los casos en vano, bañándose con el dolor y la angustia de aquellas familias rotas por su muerte o de aquellas que todavía le suplicaban por la vida de algún ser querido. Así, Atilano Coco, sería tan solo otro de los muchos muertos represaliados en la contienda al que intentó interceder sin éxito. Otro de los muchos que serían purgados y que tenían ideas similares a las suyas y por las que había estado protestando contra uno y otro gobierno a lo largo de toda su vida.

98 Egidio, *Agonizar en Salamanca*, 106-107. Pese a las dudas que le iban floreciendo, su juego dialéctico le llevaba a seguir defendiendo el pronunciamiento del 18 de julio con un cierto distanciamiento de sus primeras palabras. «España atraviesa una crisis de demencia desencadenada a la sombra de un gobierno delincuente. [...] Se habla de una guerra de ideas, pero en esta guerra no hay ninguna idea a debatir. [...] En España hay una epidemia de locura. Estamos ante una ola de destrucción, asesinatos y crímenes de todas las clases. [...] Azaña nada representa. Lo imagino muy bien en su palacio, porque lo conozco de hace treinta años. Se perdió en su sueño, ocupado en tomar notas para escribir sus memorias. Él es el gran responsable de lo que acontece. Cuando el movimiento surgió creyó que se trataba de un simple pronunciamiento. No comprendió que había un pueblo dispuesto a unirse al ejército por su supervivencia. Solo pensó en el Frente Popular». Entrevista que cada bando tergiversaría y usaría, como con las anteriores, para sus propios fines de guerra.

99 Thomas, *La Guerra Civil Española*, 203-207.

100 Acerca de esto mismo, consejo de nuevo que se lea el libro de Jean Bécarrud abajo referenciado titulado *Miguel de Unamuno y la Segunda República*.

Depuradora de Responsabilidades Políticas en el Distrito Universitario de Salamanca¹⁰¹. El día 21 comenzaron a llegar generales y demás altos mandos de los Nacionales a Salamanca rumbo a Cáceres con motivo de tratar nuevos asuntos de guerra y la unificación del mando militar¹⁰², lo que llevó a nuevas tensiones en la ciudad. El día 26 de septiembre Miguel de Unamuno fue llamado a un claustro extraordinario en el que le pidieron que como rector firmara y si acaso corrigiera la nota de circunstancia que había compuesto su universidad en apoyo de los Sublevados¹⁰³. A la par que esto sucedía, otro periodista, Brower, quiso entrevistarle también con motivo de su filiación en la contienda¹⁰⁴. El día 29 cumplió setenta y dos años, pasando estos últimos días del mes en la cama, leyendo cartas enfermo, con alguna especie de gripe, mientras que en su cabeza se retorcia en la fiebre y la agonía de una contienda vesánica y yerma¹⁰⁵.

101 Egidio, *Agonizar en Salamanca*, 112-113. Delaciones, fichas policiales, testimonios humillantes, súplicas... todo pasaba por sus manos, afectándole a su consciencia de viejo liberal que ahora más que nunca se sentía culpable del sufrimiento que se estaba viviendo y que tanto y tan hondo le repugnaba. Contra sus convicciones y sus deseos tuvo que despachar informes desfavorables contra amigos y conocidos que no tenían ideas diferentes a las de él y que en absoluto estaban vinculados con el Frente Popular; lo que le llevó a granjearse un nuevo terror y desprecio de gentes que ya ni se dignaban a hablarle, de gentes que ahora más que nunca le culpaban de sucia complicidad con las autoridades militares en pro de salvar su propio pellejo, de gentes con miedo.

102 Thomas, *La Guerra Civil Española*, 325-327. Por esos días pasaron así por la ciudad Cabanellas, Millán Astray, Kindelán, Mola, Saliquet, entre muchos otros mandos y dirigentes de la Junta Suprema de Burgos que comenzaba a reorganizarse en torno a la figura de Franco. Todos, en las distintas reuniones estaban a favor de entregarle el mando militar al general Franco, todos menos el general Cabanellas, general en jefe de la Junta Suprema y firme defensor de la legalidad republicana de 1931 a la que veía amenazada por las pretensiones de sus distintos compañeros. Siendo nombrado Franco generalísimo el día 29 de septiembre y desplazando todos los poderes de la Junta Suprema de Cabanellas y los otros generales hacia su persona mientras durara la guerra.

103 El famoso *Mensaje de la Universidad de Salamanca a las Universidades del Mundo acerca de la Guerra Civil Española* que sería recogido en infinidad de medios nacionales e internacionales, caso de *La Gaceta Regional* o *El Norte de Castilla*.

104 Egidio, *Agonizar en Salamanca*, 116. Esta entrevista es muy interesante ya que se sincera con este holandés mucho más que con cualquier salmantino de esos días, ofreciéndole una visión mucho menos enardecida por la guerra y sí más íntima y parecida a la que él mismo estaba escribiendo en su diario. Se quejó del militarismo «La cultura no puede encarnarse y florecer bajo un régimen militar... ¡Es imposible! Bajo el militarismo nada puede prosperar». Podemos así apreciar como para finales de septiembre los militares no tenían ya la confianza de Unamuno, ni tampoco eran los cimientos de un proyecto regenerador y republicano, como antes había tanto defendido.

105 Salcedo, *Vida de Don Miguel*, 399-406.

2.2. Unamuno y los Militares: Octubre-Diciembre de 1936

Poco a poco las calles de Salamanca fueron abrazando esa normalidad militar teñida por el nuevo caudillo y las nuevas metáforas propias del falangismo¹⁰⁶, edulcorando su propia realidad, hasta el punto de volverse el cuartel general del nuevo Estado¹⁰⁷. Y así, Unamuno terminó por desencantarse de esos salvadores de la República que terminaron por no ser tan diferentes como contra quienes luchaban¹⁰⁸.

El día 5 de octubre, tras leerse el día anterior el decreto que nombraba a Franco jefe del Estado y Generalísimo de todos los ejércitos, ese mismo general se pasó por Salamanca de manera triunfal a saludar a las autoridades de la ciudad entre las que se encontraba Unamuno¹⁰⁹. Un día más tarde, con el Caudillo ya instalado en el Palacio Episcopal de Salamanca, el intelectual no tardó en pedirle una audiencia como rector de la Universidad de Salamanca y Presidente

106 A esas alturas de la contienda, como apunta Rafael Abella, las milicias de la CEDA de José María Gil Robles y sus clases medias poco mandaban en comparación con los falangistas, quienes eran ahora, despojados de todo su programa revolucionario, los claros encargados de hacer el trabajo sucio de los militares. Refugiándose muchos de estos en Unamuno a falta de un guía espiritual, a quien lo admiraban por sus primeras declaraciones, dado que José Antonio estaba apresado para más tarde ser fusilado, y sus líderes habían pasado a ser meros peones complacientes y dóciles de la Junta de Burgos y del propio Franco.

107 Egidio, *Agonizar en Salamanca*, 127-130. Así, en poco tiempo, la renacentista ciudad de Salamanca pasó a ocupar un papel crucial dentro de los planes de los Nacionales. En octubre, como apunta el autor, fue elegida como cuartel general dado a su proximidad con el Frente de Madrid, el cual esperaban que cayese en breves, y con Portugal, a menos de una hora en coche, por si cualquier imprevisto les obligaba a cruzar la frontera. En pocos días, gentes extrañas afluyeron a la ciudad duplicando su población y reconvirtiendo emblemáticos edificios civiles en aposentos militares o de auxilio.

108 Elías Díaz, *Revisión de Unamuno. Análisis crítico de su pensamiento político* (Tecnos, 1968), 120-133. En aquel octubre, parecía que volvían hasta él los recuerdos de aquella guerra entre carlistas y liberales que había vivido en su niñez. Guerra que, sin embargo, ahora se envilecía y se hacía más incivil que nunca. Sentía que con los “hotros”, tan iguales a los “hunos”, el mismo liberalismo de entonces volvía a correr peligro, pero ahora además de una forma atroz y cruel. Veía a estos nuevos señores de Salamanca por las calles y se estremecía, como apuntó en sus notas íntimas. Los veía a diario cada vez que, ahogado en la infinitud de súplicas que le llegaban hasta la comisión depuradora que dirigía, entraba en los despachos a pedir clemencia y solo salía con promesas vacías. España y, sobre todo su liberalismo, estaba en más peligro que nunca, y cada vez más todo ese dolor y ese espanto del que se sentía cómplice lo iba envejeciendo y sepultando en vida.

109 Egidio, “Unamuno, en guerra”, 233-261. En línea con su pensamiento, a Unamuno no le causó mala impresión Franco, a quien veía como un pobre hombre tímido en manos de militares y fajistas facciosos como Mola o Queipo.

de la Comisión Depuradora de Responsabilidades Políticas del Distrito Universitario de Salamanca¹¹⁰.

Con el nuevo año académico a punto de iniciarse en Salamanca en plena contienda, llegó por medio la conmemoración de la Fiesta Nacional, el 12 de octubre Día de la Hispanidad. Así, las nuevas autoridades decidieron instrumentalizarlo desde la capital del humanismo español como catalizador político de su cruzada contra el Gobierno de Madrid, preparando para ello distintos actos y publicaciones¹¹¹. Entre ellos, la exaltación del Día de la Raza en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca a la que a aquel hombre viejo no le quedó otro remedio que asistir horrorizado por las declaraciones de los intervinientes¹¹² y desatar

110 Egido, *Agonizar en Salamanca*, 135-138. Unamuno tenía la intención de hablar con Franco de los diferentes sucesos que estaban ocurriendo al fragor de la contienda en la ciudad y que muy seguramente, según el autor vasco, este desconocía. Esto, debido a que tenía la fuerte convicción de que Franco era un militar liberal y sensato, al estilo de los que lo habían sido en el siglo anterior y a los que tanto él había admirado a lo largo de su vida: caso de Espartero, Prim o, sobre todo, el general Concha de sus recuerdos infantiles. Sin embargo, su fe continuada en las palabras y en las ideas iba a volver a traicionarle una vez más; pues no le hizo el menor caso a sus palabras de concordia y moralidad cristiana, pese a que lo escuchó atentamente, incluso alabándolo, prometiéndole su ayuda ante tantas cosas de las que no estaba informado con precisión.

111 Abella, *La vida cotidiana durante la Guerra Civil: La España Nacional*, 103-105. Son así bien conocidas de esta celebración del Día de la Raza la obligatoriedad de asistir todos los universitarios a su festividad, así como el denso monográfico de artículos que durante algo más de una semana aparecerían en todos los medios de los rebeldes acerca de la magnanimidad y solemnidad de la festividad. Unamuno, quien estaba invitado a asistir en calidad de rector, intentó rehusar su invitación dado que todavía no se había recuperado del todo de las fiebres de unas semanas antes, pero, como su diario íntimo refleja, en el fondo no deseaba asistir; porque era reconocerse a sí mismo con todo aquel nuevo régimen que estaba sembrando el dolor y el terror de forma indiferente a la del Gobierno de Madrid. Sin embargo, Franco le cedió su puesto en la mesa y no tuvo otro remedio que asistir.

112 Como así lo explica Luciano Egido en las páginas 138-153 en su obra de 2006 la cual considero que es la más objetiva y fidedigna entre las muchas versiones que se han contado acerca del acto. De igual modo, considero que las palabras que recoge en su obra abajo referenciada de la España Nacional Rafael Abella en las páginas 105-106 acerca de su famoso discurso son las más posiblemente dichas en contraposición con el resto de versiones: caso de la de Emilio Salcedo en las páginas 413-417 de su obra también abajo referenciada, demasiado complaciente con la realidad histórica en la que se publicó y que emplea para elaborar sus tesis del acto Luciano Egido, o caso de las versiones politizadas y contradictorias de Pemán, Madrugá, Ramos Loscertales y otros testigos del acto, así como de Joaquín de Entrambasaguas o de Hugh Thomas abajo referenciado.

Así, el viejo rector se sentó, tras una larga espera entre la mujer del nuevo caudillo, Carmen Polo, y el obispo de Salamanca, Enrique Pla y Deniel, encabezando la presidencia de la mesa a la que algo más tarde se le unió el general Millán Astray junto con el resto de

allí su verborreica guerra civil de palabras e ideas, pese a que en un principio no deseaba de hablar, tal y como le expuso días antes al vicerrector Esteban Madrugá¹¹³.

autoridades militares y distintos cargos delegados llamadas al acto. Los comparecientes iban y venían en función de su exposición, caso de José María Pemán o Vicente Beltrán de Heredia, mientras que él, habiendo sacado un papel que llevaba en su bolsillo, iba anotando detalles de cada intervención, detalles para él fanáticos o estúpidos propios de la belicosidad y malas pasiones que azotaban a España y que muy seguramente los tomaba con el fin de incorporarlos a la obra que estaba escribiendo por aquellos meses y que terminaría por, al quedar incompleta, publicarse ya bajo la Constitución del 78 como *El Resentimiento Trágico de la Vida: Notas sobre la Revolución y Guerra Civil Española*. Lo curioso de ello mismo, es que ese papel arrugado no era otra cosa que una carta de las muchas que había recibido por parte de la mujer de su amigo Atilano Coco, el pastor protestante, para que intercediera por él, carta que muy seguramente llevaba encima con el fin de volver a insistir a alguna de las autoridades que estaban allí presentes, pesándole la vida de su amigo más que nunca.

113 En cuanto a metodología este pie se sirve y se nutre de las referencias justo arriba ya reflejadas y reseñadas.

Es así, que Unamuno incapaz de mantenerse callado ante el retorcimiento de aquellas palabras que había dicho a mediados de julio y que llevaba sosteniendo los últimos años, acabó por hablar con la única arma que conocía, la palabra, en medio de aquel acto, para él, de demencia generalizada: «Estáis esperando mis palabras. Me conocéis bien y sabéis que soy incapaz de permanecer en silencio. Callar, a veces, significa mentir, porque el silencio puede interpretarse como aquiescencia. Había dicho que no quería hablar, porque me conozco; pero se me ha tirado de la lengua y debo hacerlo. Voy a ser breve. La verdad es más verdad cuando se manifiesta desnuda, libre de adornos y palabrería. Se ha hablado aquí de guerra internacional en defensa de la civilización cristiana; yo mismo lo he hecho otras veces. Pero no, la nuestra es solo una guerra incivil. Nací arrullado por una guerra civil y sé lo que digo. Vencer no es convencer y hay que convencer sobre todo, y no puede convencer el odio que no deja lugar a la compasión; el odio a la inteligencia, que es crítica y diferenciadora, inquisitiva, más no de inquisición. Quisiera comentar el discurso, por llamarlo de algún modo, del general Millán Astray y de mis compañeros de claustro. Dejaremos aparte el insulto personal que supone la repentina explosión de ofensas contra vascos y catalanes, llamándoles la Antiespaña; pues bien, con la misma razón pueden ellos decir otro tanto. Yo nací en Bilbao, en medio de la Segunda Guerra Carlista, soy vasco, y llevo toda mi vida enseñándolos la lengua española, que no sabéis; eso sí es Imperio, el de la lengua española y no el de los fusiles. Y el obispo, aquí donde lo veis, quiera o no quiera, es catalán, nacido en Barcelona, para enseñaros la doctrina cristiana que no queréis conocer». La tensión y el desconcierto iba creciendo entre los presentes. «Acabo de oír el grito necrófilo y sin sentido de viva la muerte, esto me suena lo mismo que muera la vida. Y yo, que me he pasado toda mi vida creando paradojas que provocaron el enojo de los que no las comprendían, he de decirles, con la autoridad en la materia que esta ridícula paradoja me parece repelente. Puesto que fue proclamada en homenaje al último orador, entiendo que fue dirigida a él, si bien de una forma excesiva y tortuosa, como testimonio de que él mismo es un símbolo de la muerte. ¡Y otra cosa! El general Millán Astray es un inválido. No es preciso decirlo en un tono más bajo. Es un inválido de guerra, también lo fue el propio Cervantes, pero los extremos no sirven de norma. Desgraciadamente, hay hoy en día demasiados inválidos y tullidos en España, y pronto habrá más si Dios no lo

Al final del acto, el ambiente era completamente hostil para el Rector de la Universidad de Salamanca, a quien la gran mayoría de los presentes en la sala increpaban muy violentamente y que llevaron, por tanto, a la forzosa conclusión de dicho acto académico¹¹⁴.

Esa misma tarde del 12 de octubre, repuesto de los sucesos del paraninfo, Unamuno, ajeno a lo ocurrido y amparado en su alto prestigio y respetabilidad ciudadana, fue al casino provincial de la ciudad como tantas otras tardes había hecho. No obstante, nada más entrar por la puerta se daría cuenta de su nueva realidad¹¹⁵. Pese a esta realidad que anunciaba sus

remedia. Me duele pensar que el general Millán Astray pueda dictar las normas de la psicología de masas. Un inválido que carece de la grandeza espiritual de Cervantes, hombre viril y completo a pesar de sus mutilaciones, solo puede sentirse aliviado de su invalidez viendo como aumenta el número de mutilados alrededor de él». Siguió hablando, dando su discurso improvisado algunos segundos más, hasta que el general al que aludía, enfurecido e incapaz de contenerse, comenzó a pedir la palabra poco antes de callar al pensador vasco con un nuevo grito de viva la muerte al que después le siguieron distintas voces como la de Pemán, gritando mueran los intelectuales traidores. Pese a todo, Unamuno volvió a hablar: «Este es el templo de la inteligencia y yo soy su sumo sacerdote; vosotros estáis profanando su recinto sagrado. Yo siempre he sido, diga lo que diga el proverbio, un profeta en mi propio país. Venceréis, pero no convenceréis. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta, pero no convenceréis porque para convencer se necesita persuadir. Y para persuadir se necesita algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil pedirlos que penséis en España. He dicho». Siendo esta la reconstrucción más plausible a fecha de hoy de las palabras que debió de decir aquel día, según los testigos consultados y bibliografía arriba aportada.

114 Como el amplio abanico de documentos justo arriba referenciados dicen, ante las hostilidades del paraninfo el general Millán Astray, todavía enfurecido, le dio la orden a Unamuno de tomar del brazo a la mujer de Franco para que salieran de allí acompañados por su escolta. A la vez que esto sucede, y mientras que se descargan abucheos e insultos hacia el pensador, algunos de sus amigos de claustro allí presentes, caso del vicerrector, enmudecen y se quedan pálidos ante lo que han visto, temiéndose lo peor por la vida del vasco. Así, Unamuno fue llevado como un pelele de trapo hasta el coche que los esperaba a la salida del edificio, rodeado de soldados con pistolas en mano que buscaban zarandearle, acompañándolo hasta su casa.

115 Egido, *Agonizar en Salamanca*, 156-158. Nada más entrar por la puerta del casino quienes hasta hace un día eran respetados amigos y admiradores suyos comenzaron a mirarlo con acritud, para después comenzar a hostigarlo al grito de rojo, traidor y antiespañol, entre muchos otros improperios. Médicos, abogados, periodistas, profesores... personas con quienes había compartido tantas tertulias y vivencias, que él mismo había ido utilizando a lo largo de sus años en sus obras más icónicas, ahora lo repudiaban y lo condenaban al más vacío ostracismo. Sobre esto mismo reflexionó en sus diarios, precisamente lo llamaban traidor, cuando el jamás había traicionado a sus ideas; rojo, cuando el rojo no era más que un color con el que compartía muchas como la sangre o la pasión; antiespañol, cuando precisamente él se había dedicado como muy pocos toda su vida a definir y encontrarle un propósito a España. En definitiva, Unamuno se estaba convirtiendo en una víctima más del conflicto a la que ambos bandos perseguirían en su afán de

últimos meses de vida, Unamuno se sentó sin hacerles el menor caso, tomándose, solo, su tradicional café mientras que disfrutaba de aquel espectáculo que tenía ante sus ojos. Rato más tarde, su hijo logró llevárselo tras mucho esfuerzo de allí.

Al día siguiente, se reunió la Corporación Municipal en secreto en el Ayuntamiento para decidir su expulsión del consistorio. Tras una larga exposición de motivos propios de la exaltación del conflicto que eran más meros insultos que motivos, se votó por unanimidad su cese¹¹⁶. Un día después, desde la Universidad de Salamanca, también por unanimidad, fue destituido de la academia y de todos sus cargos, privándole de lo único que todavía le proporcionaba una mínima satisfacción en medio de toda esa locura que lo rodeaba¹¹⁷. A diferencia de su cargo municipal, el cese de su rectorado y atribuciones docentes le afectó mucho, encerrándose desde entonces aún más en sí mismo y en sus palabras bajo la completa indiferencia de sus compañeros y conciudadanos, dándose cuenta de que ya solo era un viejo que tenía un pasado y que esperaba la muerte¹¹⁸.

Unos días después, sobre el 19 de octubre, llegó a Salamanca para narrar la contienda el periodista y escritor griego Nikos Kazantzakis, quien no dudó en entrevistar a Miguel de Unamuno como gran intelectual no ya de uno u otro bando, sino de Salamanca, desconociendo los hechos que habían sucedido una semana antes en el Paraninfo Universitario¹¹⁹.

exterminio e imposición. Había pasado, en palabras del profesor Egido, de los halagos del Domingo de Ramos a la crucifixión del Viernes Santo.

116 Egido, "Unamuno, en guerra", 233-261. Bajo la justificación de Masón, Erasmo de Salamanca, rojo, antiespañol y antipatriota, etc. Acabaron, como reflejan dichas actas, cesando de su cargo a Miguel de Unamuno.

117 Egido, "Unamuno, en guerra", 233-261. Bajo los mismos cargos justo antes mencionados, como también reflejan los correspondientes escritos. Comenzando así una larga búsqueda entre los claustrales y el nuevo Estado en la búsqueda de un nuevo rector que se acomodase en mayor o menor medida a la nueva realidad universitaria que estaba viviendo la Universidad de Salamanca. Ratificándose esto mismo por firma y decreto de Franco el 22 de octubre.

118 Muestra de todo ello es su diario íntimo abajo referenciado, en el que cada vez se entrega más a él, divagando con su palabra y esperando ese desnacer que dice en él.

119 Egido, *Agonizar en Salamanca*, 164-170. Resulta así muy interesante esta entrevista la cual recoge el profesor Egido, dado que por primera vez desde que inicia la contienda, Unamuno se abre a alguien ajeno, incluso extranjero, pero mucho más semejante a él que sus conciudadanos, para confesarle las mismas inquietudes existenciales que estaba plasmando en su diario íntimo y que ahora, repudiado por el nuevo Estado y por el viejo Estado, no tenía nada que perder: «Estoy desesperado. ¿Usted piensa sin duda que los españoles luchan y se matan, queman las iglesias o dicen

En los últimos días del mes de octubre, comenzó a pasarle por la cabeza la idea de marcharse del país a cualquier otro lugar desde donde pudiera reconstruir libremente su libertad deshecha¹²⁰. Necesitaba poder hablar y poder escribir, que era lo suyo, y que, sin embargo, desde el 12 de octubre no podía, reducido al silencio y al ostracismo¹²¹. No obstante, jamás se lo permitieron¹²², encerrándose en su casa dado que

misas, agitan banderas rojas o el estandarte de Cristo porque creen en algo? [...] Todo esto sucede porque los españoles no creen en nada, ¡En nada! Están desesperados [...] privados de la fe, presas de la rabia. [...] El pueblo español está enloquecido, y no solamente el pueblo español, sino quizá el mundo entero. [...] El odio al espíritu, he aquí lo que caracteriza a toda la nueva generación: les agrada el deporte, la acción, la guerra, la lucha de clases... ¿Por qué? Porque odian al espíritu. [...]» A colación de su última novela y la realidad española, dice muy resumidamente: «Hace más de cincuenta años que no me he confesado, pero he confesado a sacerdotes, a frailes, a religiosas... [...] Aquellos a los que les gustan las mujeres me conmueven porque sufren; y aquellos que han dejado de creer me interesan más porque el drama de esos hombres es atroz. Así es el héroe de mi libro: San Manuel Bueno. [...] La verdad es algo terrible, insoportable, mortal. Si se le levanta el velo, el pueblo ya no podrá continuar viviendo. Y el pueblo tiene que vivir, vivir, aunque vivir sea una mentira. [...] En este momento crítico que atraviesa España, es indispensable que me ponga junto a los militares. Son ellos los únicos que nos devolverán el orden [...] No preste atención a lo que se dice de mí: no me he convertido en un hombre de derechas, no he traicionado a la libertad. [...] Verá como dentro de algún tiempo, y esto no será dentro de mucho, seré el primero en reemprender la lucha por la libertad. No soy ni fascista, ni bolchevique. Soy solamente un solitario. Estoy solo, solo como Croce en Italia».

120 Egidio, "Unamuno, en guerra", 233-261. El país que más le rondaba la cabeza era, según este autor, Inglaterra —Personalmente opino que de querer irse fuera de España, se iría por manejo del idioma, de sus costumbres, de sus amistades, de su proximidad con España y del País Vasco, entre un largo etcétera más, a Francia, tal y como ya lo había hecho durante su exilio primoriberiano, y tal y como en el mes de diciembre en sus escritos personales recordaría con añoranza—, cuya visita a comienzos de 1936 para su nombramiento honoris causa en la Universidad de Oxford recordaba con gran afecto. Desde allí, desde ese país de amplia tradición democrática podría por fin recuperar su libertad y enseñar a todos lo que pensaba verdaderamente. Tampoco era la primera vez que en sus 72 años de vida se había tenido que ir al exilio.

121 Sería así Unamuno, el primero de los muchos intelectuales que sufrirían en esos años y posteriores el conocido exilio interior.

122 Díaz, *Revisión de Unamuno. Análisis crítico de su pensamiento político*, 120-133. Como apunta el profesor Díaz, era demasiado peligroso y demasiado conocido como para dejarlo que saliera de España y hablara libremente. Extremaron así todas las precauciones posibles: siempre vigilancia en su casa, siempre escoltado, siempre registrados sus contactos... La guardia que vigilaba incluso tenía órdenes claras de disparar si se subía a un coche no identificado, pues podría escapar muy fácilmente a Portugal y, desde ahí, a donde quisiera. Llegaron incluso a proponerle a Franco en reiteradas ocasiones su eliminación, pero ya tenían suficiente desprestigio internacional con la muerte de Lorca como para que todo el mundo supiera que habían acabado con Miguel de Unamuno; por lo que

lo que veía le aterraba; pues a sus paseos siempre le seguían miradas hostiles por todas partes.

Poco a poco, a medida que iba entrando el mes de noviembre, comenzó a sentir más profundamente la soledad, así como los recuerdos de todos aquellos que ya no estaban: desde su mujer y su hermana, fallecidas años antes, hasta muchos de sus amigos que bien habían muerto o eran víctimas de los horrores de la contienda¹²³. Y su mente, poco a poco, ahogada entre sus pensamientos, envejecía.

No obstante, de vez en cuando recibía a algún que otro periodista, prefiriendo siempre que fuera extranjero, al cual solía repetirle siempre las mismas consignas que iba repitiendo ya desde el encuentro con el griego Kazantzakis¹²⁴. También, con la misma asiduidad solía recibir las visitas de los jóvenes falangistas que, desarticulados por ambos bandos sus líderes, solían refugiarse en las enseñanzas y consejos de aquel viejo que fantaseaba entre los horrores y la pena de la guerra con desnacer¹²⁵. Y con menos asiduidad, recibía también alguna que otra visita de viejos amigos o conocidos. En suma, la mayor parte del tiempo la dedicaba a cuidar de su nieto¹²⁶.

solo en un caso extremo se le eliminaría con la total discreción, en silencio como si de una muerte natural se tratara.

123 Egidio, "Unamuno, en guerra", 233-261.

124 Egidio, *Agonizar en Salamanca*, 183-186. «El salvajismo inaudito de las hordas marxistas sobrepasa toda descripción [...] Es el régimen del terror. España está literalmente espantada de sí misma. Y si no se vuelve sobre sus pasos a tiempo, llegará al borde del suicidio moral. Si el miserable Gobierno de Madrid no ha podido ni ha querido resistir al empuje de la barbarie marxista, debemos de tener la esperanza de que el Gobierno de Burgos tendrá el valor de oponerse a aquellos que quieren establecer otro régimen de terror». «Desde el punto de vista religioso, esta guerra civil es debida a una profunda desesperación, característica del alma española [...] y del odio a la inteligencia que se une también al culto de la violencia por la violencia». Pese a todo lo sucedido, preferirá hasta sus últimos días al Gobierno de Burgos encabezado por Franco, antes que al Gobierno de Madrid de Manuel Azaña, como seguiría en sus declaraciones justificando desde una tercera vía que buscaba desligarse de sus primeras declaraciones de salvar la civilización cristiana y occidental que habían sido vilmente utilizadas.

125 Egidio, "Unamuno, en guerra", 233-261. Así como los propios escritos del propio autor también abajo referenciados, así como en la obra de Jean Bécarrud. Unamuno despreciaba en el fondo de su alma al fajismo, como él denominaba al falangismo y a todos sus integrantes bajo calificativos de imbéciles mentales y de un fascismo italiano muy mal interpretado, guardándose para ellos los peores calificativos posibles como a lo largo de los textos de este estudio se puede apreciar. No obstante, estaba solo y, al menos ellos, le hacían algo de compañía en toda aquella soledad impuesta que estaba viviendo, así como el rodearse de estos mismos era también para él una garantía de protección y supervivencia.

126 Egidio, "Unamuno, en guerra", 233-261. Del mes de noviembre, igual que del mes de diciembre, no se saben tantos acontecimientos de la vida de Miguel de Unamuno más allá de sus

El día 18 de noviembre, tras largas negociaciones entre el Gobierno de Burgos y los gobiernos de Hungría, Italia, Alemania, entre otros, se lograba el reconocimiento internacional de Franco y su gabinete¹²⁷. Y Unamuno volvió a ver como ese liberalismo por el que él se había levantado contra el Gobierno de Madrid como tantas otras veces también había hecho, se iba opacando cada vez más con las huestes del totalitarismo de esos países y sus cientos de voluntarios que venían a luchar a España¹²⁸. Un día

visitas y de que comenzó a centrarse más y más en la elaboración de su diario íntimo que ya iba tomando forma de notas sobre la Guerra de España hacia su inconclusa obra *El Resentimiento Trágico de la Vida*. Todo esto debido a su replegamiento hacia su casa y su vida privada que poco a poco, refugiado en sus recuerdos infantiles, le irían conduciendo a una precoz vejez y muerte. Poco a poco, comenzó a hacer patente sus pensamientos de exilio y muerte, sobre todo a través de su poesía, siendo el más claro ejemplo su último poema, del 28 de diciembre de 1936 que recoge Emilio Salcedo en las páginas 413-414 de su obra abajo referenciada de 1964: «Morir soñando, sí, mas si se sueña/morir, la muerte es sueño, una ventana/hacia el vacío; no soñar, nirvana;/ del tiempo al fin la eternidad se adueña./Vivir el día de hoy bajo la enseña/del ayer deshaciéndose en mañana./Vivir encadenado a la desgana;/¿Es acaso vivir? Y esto, ¿Qué enseña?/Soñar la muerte, ¿No es matar el sueño?/Vivir el sueño, ¿No es matar la vida?/¿A qué al poner en ello tanto empeño/aprender lo que al fin se olvida/escudriñado el implacable ceño/-cielo desierto- del eterno dueño?».

127 Thomas, *La Guerra Civil Española*, 107-124. El 18 de noviembre de 1936, estos gobiernos reconocieron oficialmente al régimen de Franco como el legítimo representante de España. Este acto diplomático no solo consolidó la posición internacional del Bando Sublevado, sino que también reflejó el alineamiento ideológico de las potencias fascistas-totalitarias con el proyecto franquista. Según Hugh Thomas, este reconocimiento fue resultado de intensas negociaciones y presiones políticas, en las que influyeron tanto los intereses estratégicos de los países europeos como la percepción de Franco como un líder capaz de contener el avance del comunismo en la península. Thomas destaca que este respaldo internacional tuvo consecuencias inmediatas en el suministro de armamento, asesoría militar y legitimidad política, acelerando la consolidación del poder franquista en zonas ya controladas por los sublevados. Esto mismo queda ratificado en la página 74 del recopilatorio de textos de la contienda de Fernando Díaz abajo referenciado.

128 Julián Casanova, *España partida en dos: breve historia de la Guerra Civil Española* (Editorial Crítica, 2013), 98-103. Así, cada vez lo tenía más claro, ya no era la Guerra de España una contienda entre civilización o barbarie, o entre liberalismo y anarquía, sino una guerra homicida entre barbarie y barbarie, como así la página 55 de su diario íntimo abajo referenciado nos refleja: «Los motejados intelectuales les estorban tanto a los hunos como a los hotros. Si no les fusilan los fascistas les fusilarán los marxistas [...] Nadie más peligroso que el testigo imparcial. [...] ¡Pobre deán de Toledo, Polo Benito! ¡Pobre Arturo Pérez Martín! ¡Pobre Prieto Carrasco! ¡Pobre Beúnza! ¡Pobre Teniente Castillo! ¡Pobre Calvo Sotelo! ¡Pobre... Acaso aquel otro no era buena persona, sino discolo, envidioso, pero ¿Quiénes somos buenas personas? ¿Quién es bueno? Solo Dios es bueno». Los “hunos” y los “hotros” estaban aniquilando a su querida España y él, viejo e impotente, estaba en medio de ambos.

más tarde, escribió al nuevo rector de la Universidad, su amigo Esteban Madruga, para despedirse¹²⁹.

No podía, por más que intentaba refugiarse en sus ideas y recuerdos de toda una vida, evitar pensar en los muertos de la guerra y en los presos que esperaban todavía a ser juzgados. Sus vidas, a quien había llegado a ser presidente de la Comisión Depuradora de Responsabilidades Políticas en el Distrito Universitario de Salamanca, le pesaban cada vez más en sus hombros¹³⁰. Así, el día 26 de noviembre le llegó hasta sus oídos la noticia del fusilamiento del rector de la Universidad de Granada, su discípulo predilecto y amigo Salvador Vila, al que pronto se sumaría la vida del pastor protestante Atilano Coco, así como la incertidumbre por la vida de Filiberto Villalobos y tantos otros; aislándose más en sí mismo como forma de afrontar el dolor¹³¹.

129 Es así muy curioso este escrito, puesto que más que para darle nuevos detalles al rector y devolver ciertos libros, parece una despedida, como si él mismo supiera que está viviendo los últimos meses de su vida en un cautiverio cuasi como si fuese una reliquia vieja del pasado. Del mismo modo, en esta carta que recoge el profesor Egidio en la página 206 de su obra del 2006, nos muestra de nuevo parte del pensamiento de Unamuno al respecto de lo que está rodeando su vida: «Sr. D. Esteban Madruga, rector de la Universidad. Ahí le envío, mi muy querido amigo, por mano de mi hija Felisa las llaves del departamento de la antigua casa rectoral en que se guarda la librería que fue mía y hoy es de la Universidad, pues a ella, a que tanto debía, se la cedí. Cuando pueda traer los libros que se quedan en Hendaya se los cederé también, ya que este era uno de mis firmes propósitos y no soy de los que se vuelven de ellos. Tengo aquí dos o tres libros de la biblioteca de la Facultad de Letras, diga a su supuesto decano que se digne a mandar un bedel para que los recoja y los guarde allí. Y que si no voy yo mismo a llevarlos, lo he hecho muchas veces, es porque he decidido no salir ya de casa desde que me he percatado de que el pobrecito policía esclavo que me sigue a todas partes es para que no escape, no sé a dónde, y así se me retenga en este disfrazado encarcelamiento como rehén no sé de qué, ni por qué, ni para qué... Y no quiero seguir. Ya sabe usted cuánto y cuán bien le quiere quien fue su compañero leal y fue y es y seguirá siendo su amigo para siempre». Del mismo modo, podemos notar cierta animadversión hacia los claustrales, caso del decano de la Facultad de Letras quien fue uno de sus más fervientes detractores en su destitución, así como la condición de rehén que él mismo se autodenomina sin mucha equivocación.

130 Egidio, *Agonizar en Salamanca*, 198.

131 Unamuno, *El Resentimiento Trágico de la Vida*, 55. Refugiándose así aún más en sus notas acerca de la guerra, las cuales cada vez eran más numerosas y, salvando las distancias, eran bastante similares a aquellos grabados que había hecho algo más de un siglo antes Francisco de Goya sobre los desastres de la Guerra de Independencia. «En Granada han fusilado los falangistas al pobre de Salvador Vila. ¡Estos degenerados andaluces con pasiones de invertidos sifílicos y de eunucos masturbadores! Hay que renunciar a la venganza. ¡Arriba España! Sí, y abajo los arribistas. ¿Tiene usted fe en España? ¿En cuál? ¿En la de los que gritan arriba España? En ese no. ¿En cuál pues? ¿En la de usted? ¿En la mía? La mía se acaba conmigo».

Y así, el último mes de su vida comenzó bajo una sonora y clara palabra, la de agonía¹³². La de esa lenta agonía de su repudio y exilio interior que iba poco a poco deteriorando la salud de aquel pensador vasco a la vez que sufría por la situación que rodeaba a España¹³³. Ese mismo día, primero del mes de diciembre, contestó al escultor Quintín de la Torre y buen amigo suyo con una carta que ilustraba perfectamente de nuevo, como el resto de su correspondencia, ese exilio interior que estaba sufriendo¹³⁴. Un día después, el 2 de diciembre,

132 Estaba solo y agonizaba. Década atrás, en 1924, había escrito en uno de sus libros recogidos en sus *Obras Completas* abajo referenciadas, en *La Agonía del Cristianismo*, que «Agonía, del griego agon, quiere decir lucha. Agoniza el que vive luchando, luchando contra la vida misma. Y contra la muerte». Pero la realidad de ese último mes de diciembre de 1936 era que su agonía estaba multiplicada por la propia agonía de sus ideas, de su ser y de su tiempo. Ya no le importaba seguir luchando contra la muerte, sino perdurar tras de ella.

133 La ya antes mencionada autopercepción de Unamuno como una España en miniatura, que así postula en sus páginas 553-582 de 1998 el profesor Atilano Domínguez abajo debidamente referenciado, no era simplemente una metáfora para él, sino una formulación ontológica de su identidad intelectual. En su obra y correspondencia, el pensador vasco tiende a presentarse como la encarnación de las tensiones, contradicciones y heridas históricas de la Nación, como si el cuerpo del país se proyectara sobre su propia conciencia. Unamuno se concebía como un microcosmos nacional, un yo que contenía en sí las esencias y las fracturas del nosotros. España, un tema que había construido la inmensidad de sus ensayos y obras desde hace más de cincuenta años, cuando se había doctorado en filosofía y letras con su tesis *Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca*. Como señala Emilio Salcedo a lo largo de su obra abajo referenciada, el discurso constantemente contradictorio que el autor construye a lo largo de su vida para responder a las diversas cuestiones que le abordan corre siempre en paralelo al contexto histórico en el que se encuentra el País, absorbido por él. Así, Unamuno no solo piensa España: la vive, la sufre y la representa, hasta el punto de que su deterioro físico en los últimos meses de vida puede interpretarse como una alegoría del desmoronamiento moral y político de la Patria Liberal que él todavía en su cabeza soñadora se imaginaba y encarnaba.

134 Egido, *Agonizar en Salamanca*, 225-228. Siendo quizá esta la mejor pieza textual para mostrarnos el pensamiento definitivo del pensador vasco acerca de toda la contienda civil: «Ay, mi querido y buen amigo, ¡Qué impresiones me despierta su carta y en qué situación! Empiezo por decirle que le escribo desde una cárcel disfrazada, que tal es hoy esta mi casa. No es que esté oficialmente confinado en ella, pero sí con un policía, ¡Pobre esclavo!, a la puerta que me sigue a donde vaya a cierta distancia. La cosa es que no me vaya de Salamanca, donde se me retiene como rehén no sé de qué ni para qué. Y así no salgo de casa, ¿La razón de ello? Es que, aunque me adherí al movimiento militar no renuncié a mi deber, no ya derecho, de libre crítica y después de haber sido restituido, y con elogio, a mi rectorado por el Gobierno de Burgos, rectorado que me destituyó el de Madrid, en una fiesta universitaria que presidió con la representación del general Franco, dije toda la verdad, que el vencer no es convencer ni conquistar es convertir, que no se oyen sino voces de odio y ninguna de compasión... ¡Hubiera usted oído aullar a esos dementes falangistas azuzados por ese grotesco y loco histrión que es Millán Astray! Resolución; que se me destituyó del rectorado y se me tiene en rehén. Es este sentido y con lo que

leyó horrorizado los nombres de buenos amigos y compañeros que como él habían sido depurados de la Universidad por sus ideas políticas, que no ideologías¹³⁵, encerrándose más en sí mismo ante la tragedia que estaba viviendo.

sufro al ver este suicidio moral de España, esta locura colectiva, esta epidemia frenopática con triste base, en gran parte, de cierta enfermedad corporal. Figúrese cómo estaré: entre los unos y los otros, o mejor, entre los hunos y los hotros. Están ensangrentando, desangrando, arruinando, envenenando y entonteciendo a España. Sí, sí, son horribles las cosas que se cuentan de las hordas llamadas rojas, pero ¿Y la reacción a ellas? [...] Usted se halla, al fin y al cabo, en el frente, pero ¿Y en la retaguardia? Es un estúpido régimen del terror. Aquí mismo se fusila sin formación de proceso y sin justificación alguna. A alguno porque dicen que es masón que ya no sé qué es esto ni lo saben los bestias que fusilan por ello. Y es que nada hay peor que el maridaje de la mentalidad de cuartel con la de sacristía. Y luego la lepra espiritual de España: el resentimiento, la envidia, el odio a la inteligencia... Tremendo hubiera sido el régimen bolchevista, si hubiera llegado a prevalecer, pero me temo que el que quiere sustituirle, los que no saben renunciar a la venganza, va a ser la tumba de la libre espiritualidad española. Parece que los desgraciados falangistas empiezan a reaccionar y a avergonzarse, si no es que a arrepentirse, del papel de verdugos que han estado haciendo; pero la hidrófoba jauría inquisitorial aulla más que nunca. Y me temo que una gran parte de nuestra juventud caiga en la innoble abyección en que han caído las juventudes de Rusia, de Italia y de Alemania. [...] El pueblo español es un pueblo desesperado, trágico, que no encuentra su fe propia. Y si no pueden dársele los hunos, los marxistas, tampoco se la pueden dar los hotros. [...] Me suscita su mención a aquel poema que canté al Bilbao de nuestra otra guerra civil. Que aquella sí que fue civil, y hasta doméstica. Esta no; esta es incivil. Y peor que incivil. Por ambos lados, por ambos lados. Yo dije aquí, y el general Franco me lo tomó y reprodujo, que lo que hay que salvar en España es la civilización occidental y cristiana. Lo ratifico. Pero desgraciadamente no se está empleando para ello métodos civilizados, ni europeos. Porque África no es occidente. [...] Y por este camino no habrá paz, verdadera paz. [...] Entre marxistas y fascistas, entre los hunos y los hotros, van a dejar a España inválida de espíritu. Cuando nos metimos unos cuantos, yo el primero, a combatir la dictadura primoriberiana y la monarquía, lo que trajo la república, no era lo que fue después, la que soñábamos no era la del desdichado Frente Popular y la sumisión al más desatinado marxismo y al más pseudolaicismo de aquellos imbéciles radicales socialistas. Pero la reacción que se prepara, la dictadura que se avecina, presiento que, pese a las buenas intenciones de algunos caudillos, va a ser algo tan malo, acaso peor. Desde luego, como en Italia, la muerte de la libertad de conciencia, del libre examen, de la dignidad del hombre [...] Y aquí me tiene usted en Salamanca, convertida ahora en la capital castrense de la España antimarxista, donde se fragua la falsificación de lo que pasa y donde se le encierra a uno en su casa por decir la verdad a aquellos a quienes se adhirió y en una solemnidad en que llevaba la representación del caudillo del movimiento. Basta. Necesitaba este deshago. Reciba un abrazo de su amigo y co-bilbaíno».

135 Jaime Claret Miranda, «La Universidad de Salamanca, plataforma de la represión en el sistema universitario español» en *Salamanca en la Guerra Civil Española* (Crítica, 2007), 215-229. Nombres de profundos intelectuales que habían sido cesados y depurados: bien porque habían sido fusilados o bien porque se encontraban en las cárceles, a espera de su destino. Como señala Rafael Abella en *La vida cotidiana durante la Guerra Civil: La España*

Sobre el día 13 de diciembre recibió contestación, entre sus muchas cartas, de aquella que le había mandado respondiendo a su amigo y escultor Quintín de la Torre, respuesta que no le gusto ni un ápice por las locuras bélicas y la justificación de la contienda que ofrecía, siendo de nuevo contestado de una manera incluso más precisa y mordaz que en su anterior carta¹³⁶.

Nacional abajo debidamente referenciada, y de igual forma en su contraparte *La vida cotidiana durante la Guerra Civil: La España Republicana* no empleada con rigurosidad para este trabajo, también abajo referenciada. Durante la Guerra Civil Española se produjo por ambos bandos una limpieza total y sistemática, una purga, no ya solo de discolos y rivales políticos, sino de intelectuales, algunos muy jóvenes, del más alto nivel, retrasando para las futuras décadas el progreso del país. Siendo esta persecución equiparable en daños a la provocada por la paranoia de Stalin en sus intelectuales y mandos en la Unión Soviética y que facilitó la invasión alemana, así como ralentizó su desarrollo y crecimiento.

136 Egido, *Agonizar en Salamanca*, 243-245. Considero que esta epístola es una continuación directa del último texto que también se dirigía a Quintín de la Torre una semana y algo antes. Es por eso, dado que refleja el pensamiento final de Unamuno acerca de la contienda y los bandos, que, pese a estar escrita con tanto sentimiento, debe de analizarse de igual manera que el texto anterior, con profundidad, dado que nos muestra la visión última del pensador vasco hacia la Salamanca de la retaguardia que lo rodea y, por extensión, al futuro país que comienza a construirse en torno a Francisco Franco como bien apunta Julián Casanova en las páginas 187-192 de su obra abajo referenciada de 2013, caudillo a quien Unamuno seguía respaldando optimistamente como único salvador del país frente a los “hunos” y los “hotros”: «Acabo de recibir, mi querido amigo y co-bilbaíno, su nueva carta y quiero contestarle arreo y sin dejar que se me enfrie el ánimo. Me dice usted que su carta, como todas las que escribe desde ahí van abiertas, que así lo recomiendan y es por la censura. Lo comprendo. Yo, por mi parte, cuando escribo calculo que esa censura puede abrir mis cartas, lo que naturalmente, usted me conoce, me mueve a mover a gritar más la verdad que aquí se trata de disfrazar. Le agradezco las noticias que me da, pero en cuanto a eso de que los rojos, color de sangre, hayan sacado los ojos y el corazón y cortado las manos a unos pobres chicos que cogieron no se lo creo. Y menos después de lo que me añade. Si esto es cosa cierta, lo atribuyo, viniendo en carta abierta y censurada, a la propaganda de exageraciones y hasta de mentiras que los blancos, color de pus, están acumulando sobre una cierta base de verdad. Me dice usted que esta Salamanca es más tranquila, pues aquí está el caudillo. ¿Tranquila? Quí! Aquí no hay refriegas de campo de guerra, ni se hacen prisioneros de ellas, pero hay la más bestial persecución y asesinatos sin justificación. En cuanto al caudillo, supongo que se refiere al pobre general Franco, no acaudilla nada en esto de la represión, del salvaje terror, de la retaguardia. Deja hacer. Esto, lo de la represión de retaguardia, corre a cargo de un monstruo de perversidad, ponzoñoso y rencoroso. Es el general Mola, el que sin necesidad alguna táctica, hizo bombardear nuestro pueblo [Bilbao]. Ese vesánico no ha venido, al revés de Franco, si no a vengar supuestos agravios de tiempo de la dictadura primoriberiana y a satisfacer los odios carlistas de los que en las anteriores guerras civiles se ensañaron con nuestro Bilbao. Ahora, sobre la base, desgraciadamente cierta, de lo del Frente Popular, se empeñan en meter en él a los que nada con él tuvieron y andan a vueltas con la Liga de los Derechos del Hombre, con la masonería y hasta con los judíos. Claro está que los mastines, y entre ellos algunas

Los días pasaban, sus viejos amigos habían desaparecido o lo habían repudiado, y mientras tanto los jóvenes falangistas, a los que tanto repudiaba como enemigos de su intelectualidad, se le metían hasta en su casa¹³⁷. La presunción de su fascismo, enrevesado en sus inocentes palabras, lo enloquecía y lo enfermaba a cada día que pasaba¹³⁸. No era más que un viejo solo, amordazado y encarcelado, preso en la misma ciudad a la que tan bellos poemas había dedicado y a la que había amado con todas sus fuerzas a lo largo de su vida¹³⁹; ciudad que, ahora, parecía junto a él y

hienas, de esa tropa no saben lo que es la masonería ni lo que es lo otro. Y encarcelan e imponen multas, que son verdaderos rotos, y hasta confiscaciones y luego dicen que juzgan y fusilan. También fusilan sin juicio alguno, claro que los jueces carecen de juicio; estupidizados en general por leyendas disparatadas. Han asesinado, sin formación de causa, a dos catedráticos de Universidad, uno de ellos discípulo mío, y a otros. Últimamente al pastor protestante de aquí, por ser... masón. Y amigo mío, a mí no me han asesinado todavía estas bestias al servicio del monstruo. [...] Qué cándido y qué ligero anduve al adherirme al movimiento de Franco, sin contar con los otros, y fiado como sigo estándolo de este supuesto caudillo. [...] Dije, y Franco lo repitió, que lo que hay que salvar en España es la civilización occidental cristiana puesta en peligro por el bolchevismo, pero los métodos que emplean no son civiles, ni son occidentales, sino africanos, ni menos son cristianos. Porque el grosero catolicismo tradicionalista español apenas tiene nada de cristiano. Eso es militarización africana paganoimperialista [...] El pobre Franco se ve arrastrado en ese camino de perdición. Y así nunca se llegará la paz verdadera. Vencerán, pero no convencerán, conquistarán, pero no convertirán. Lo que le digo desde ahora es que todos los buenos y nobles y patriotas españoles inteligentes, que sin haber tenido nada que ver con el Frente Popular, están emigrando no volverán a España. No volverán. No podrán volver como no sea a vivir aquí desterrados y envilecidos. Esta es una campaña contra el liberalismo, no contra el bolchevismo. Todo el que fue ministro en la República, por de derechas que sea, está ya proscrito. Hasta a Gil Robles, ¡Figúrese! le tienen desterrado. Unos días que pasó aquí, en su pueblo, hace poco, tuvo que estar recluso en casa de un amigo. Como yo estoy recluso en la mía. Y basta. Haga usted de esta carta el uso que le parezca y si el pobre censor de esa quiera verla que la vea [Indicación a pie de página, vaciladora, apreciable a simple viste y con una flecha indicando hacia un margen: «y si le parece que la copie»] ¡Pobre España! Y no se vuelva a decir ¡Arriba España!, que esto se ha hecho ya santo y seña de arribistas».

137 Egido, “Unamuno, en guerra”, 233-261.

138 Díaz, *Revisión de Unamuno. Análisis crítico de su pensamiento político*, 39-47. Como ya le había estado molestando ese mismo encasillamiento a lo largo de su vida en reiteradas ocasiones. Aconsejo que de esta obra del profesor Elías Díaz, si se siente con la suficiente curiosidad al respecto de todos los encasillamientos de Unamuno y contradicciones políticas del mismo, se lean también las páginas 39-98 y 135-190 referidas a esto mismo.

139 Vuelvo a aconsejar, dado que no ha sido objeto de estas páginas, pero sí está muy ligada con la vida de Don Miguel de Unamuno y con lo que de esta aquí se dice, la magnífica obra, leída ya un par de veces, de Luciano Egido titulada como *Salamanca, la gran metáfora de Unamuno*. La mejor guía turística para conocer Salamanca y, por tanto, comprender los espacios aquí hablados, si es que no ha tenido la oportunidad de transitar por ellos.

su pomposa individualidad, envilecida por el retrato oscuro de la guerra y de los mandos que allí mismo dirigían toda la contienda.

Y así, día tras día, llegó el 31 de diciembre de 1936, último día del año y último día de vida de Miguel de Unamuno¹⁴⁰. La jornada parecía tranquila, hasta que cerca de las cuatro y media de la tarde llamó hasta su puerta un joven falangista, Bartolomé de Aragón, quien había vuelto del frente y deseaba hacerle una visita como había hecho en otras ocasiones¹⁴¹. Tras

140 Su muerte fue igual de controvertida que toda su vida, hasta el punto de que recientemente se han escrito y reelaborado muchas teorías al respecto, caso de su asesinato. —Personalmente soy partidario de que fue asesinado, como los nuevos estudios al respecto, caso de aquel del profesor Luis García Jambrina o el de Carlos Sá Mayoral abajo referenciados, indican. Esto debido a que entre los elementos más sospechosos se encuentra la figura de Bartolomé Aragón, el único testigo presencial de la muerte, cuya identidad y vínculos con Falange Española y con el propio Millán Astray han sido objeto de revisión constante, más en los últimos años. Aragón no era simplemente un discípulo ocasional, sino un militante con conexiones ideológicas al servicio del previamente mencionado general quien podría haber motivado su presencia en casa de Unamuno aquel 31 de diciembre de 1936 con fines de liquidarlo sin que resonara el escándalo, tal y como, tras el escándalo en el paraninfo, se había pensado y propuesto por algunos mandos como mencioné en su momento. Además, el hecho de que Unamuno estuviera bajo su autoarresto domiciliario, aislado y vigilado, refuerza la posibilidad de que su muerte no fuera fortuita, sino inducida. Los autores de los distintos estudios sostienen que el relato oficial fue una construcción propagandística, diseñada para neutralizar el impacto internacional que habría tenido un asesinato político, como ocurrió meses antes con Federico García Lorca. Para ello debemos de tener presente la frase que Unamuno pronunció a un periodista semanas antes: «Me sorprende que aún no me hayan disparado», junto con su enfrentamiento público con Millán Astray y su progresiva oposición al régimen, todo ello dibuja así el perfil de un intelectual incómodo, cuya eliminación habría sido funcional y relativamente sencilla para los intereses del nuevo poder establecido al cual podían utilizar e instrumentalizar sin ninguna oposición como otro mártir más de su bando— No obstante, en este estudio, dado que faltan todavía más revisiones a la cuestión, me ceñiré a la postura conservadora ampliamente aceptada que defiende el profesor Egido, heredada de la concepción franquista y oficialista de su muerte que en su obra, también abajo referenciada, emplea Emilio Salcedo en base a las presuntas declaraciones de los testigos del hecho: el falangista Bartolomé Aragón y la obediente criada de la casa de Unamuno.

141 Como ya antes he dicho en otros pies citando al profesor Egido y a Rafael Abella, Unamuno se refugió en los falangistas y los falangistas en Unamuno: El primero porque, por muy que en el fondo los detestase y los culpaba de buena parte de los males de la contienda, los necesitaba para garantizarse su respaldo y supervivencia; los segundos porque, además de que muy en el fondo lo admiraban y estaban convencidos de que eran sus mismos principios los que regían a ellos en su lucha, estaban necesitados de una cabeza espiritual que siguiera aglutinando al movimiento. Cabe destacar, que en especial este falangista, Bartolomé Aragón, era sin mucha duda de entre los jóvenes que visitaban al viejo pensador vasco uno de los que más lo irritaba y al que más detestaba, habiéndolo cogido ya en cierta ocasión en el mes de

una discusión acalorada, Unamuno¹⁴², cada vez más propenso a la irritación por las estupideces de la guerra, en un momento dado gritó y dio un golpe seco y estruendoso a la mesa camilla de la sala de estar donde se encontraban, espantando hasta a la criada de la casa que no tardó demasiado en acercarse hasta el pasillo colindante a la sala de estar en donde se encontraban, por si pasaba algo¹⁴³.

Tras ello, todo quedó en silencio¹⁴⁴, y la criada volvió a sus tareas; mientras que en la sala Unamuno, sentado sobre la mesa camilla, inmóvil, había dejado de respirar, desvaneciéndose en la figura de un muñeco desarticulado al que le faltaba su tan contradictorio e irascible ventrílocuo. Nadie supo que había muerto, en palabras suyas, que había desnacido de vuelta hacia el vientre de su madre; hasta que Bartolomé Aragón comenzó a oler el olor a la zapatilla quemada de Unamuno en el brasero. Seguidamente gritó y acudió la criada, quien ratificó lo que el propio falangista auguraba: que Miguel de Unamuno y Jugo yacía ahí muerto¹⁴⁵.

Muerto ya, cuando de nada servía, volvieron a rodearlo de admiración las gentes de Salamanca; instrumentando en buena parte las autoridades de los Sublevados su cadáver y reconvirtiéndolo junto con sus palabras en símbolos de la Cruzada contra el Comunismo que estaban llevando a cabo¹⁴⁶.

noviembre de las solapas de su camisa y echado de la casa, tal y como Luciano Egido en la página 205 de su obra de 2006 abajo citada nos muestra.

142 Tal y como recoge esta conversación el propio testimonio de Bartolomé de Aragón que fue apareciendo lentamente en algunas notas de prensa y libros, así como las obras de Luciano Egido y Emilio Salcedo abajo referenciadas.

143 Egido, *Agonizar en Salamanca*, 273. Este grito sería en palabras de la controvertida declaración de Bartolomé Aragón, el momento en el que Unamuno diría, exaltado como tendía a ser en sus exordios, sus últimas palabras: «¡Eso no puede ser, Aragón! ¡Dios no puede volverle la espalda a España! ¡España se salvará porque tiene que salvarse!»

144 Egido, *Agonizar en Salamanca*, 283-284 y 289-291.

145 Salcedo, *Vida de Don Miguel*, 414-415. Aragón, exaltado proclamaba que se había muerto solo, que él no le había hecho nada, a lo que la criada contestó sobrecogida. Finalmente, tras un tiempo, llamaron a un médico que ratificó la muerte del escritor vasco. Pronto, la noticia de su muerte traspasó el umbral de la casa y comenzaron a llegar a esta no solo sus familiares directos, impactados por el suceso, sino las gentes de Salamanca: esas mismas gentes que desde hacía unos meses decían de ser sus enemigos y que ahora, aparentemente o no, volvían a ser sus amigos y a embadurnarse con sus anécdotas compartidas. Fue tal el impacto de su muerte, que incluso por algunos días eclipsó las noticias de la guerra y las gentes parecieron en buena medida olvidarse de ella.

146 Usándolo igual, que también se usó tras el fusilamiento a José Antonio, tal y como narra toda su panoplia Emilio Salcedo en su obra justo arriba referenciada en las páginas 415-416.

Y rindiéndole igualmente de honores y títulos honoríficos¹⁴⁷.

3. Consideraciones finales

Allá por el 2019 fui al cine a ver una película que hablaba precisamente de este tema que he desglosado aquí: de Miguel de Unamuno y nuestra última gran contienda civil. La película era de Alejandro Amenábar y se titulaba *Mientras dure la guerra*, obra que, si bien se tomaba ciertas o incluso demasiadas licencias creativas, era lo suficientemente entretenida e ilustrativa acerca de los primeros cuatro meses de la Guerra Civil en Salamanca. Yo, por aquel entonces, joven de mí, no conocía quien era ese tal Miguel de Unamuno y Jugo, pero quedé ensimismado desde el primer momento de aquel hombre viejo y liberal, vasco y español, heterodoxo, de boina en mano que se revolvía con la palabra contra los “hunos” y contra los “hotros”, que hacía su propia guerra civil con la palabra exacta.

Hoy, tras haber pasado más de cinco largos años leyendo y releendo la mayor parte de sus obras, de sus artículos y de sus diarios íntimos, así como una buena cantidad de biografías suyas y otro tipo de documentos menos ortodoxos, con este estudio he querido ofrecer una nueva visión de su último año de vida, con especial atención en sus últimos seis meses.

Así, y sin más rodeos, en estas páginas se ha podido hacer un recorrido lo suficientemente amplio de contenidos desde julio a diciembre de 1936 por la Salamanca y la vida de Miguel de Unamuno. Recorrido en donde se hace patente a simple vista las dos fases que componen la narración central del estudio: julio-septiembre, en donde se manifiesta claramente la actitud ilusionada y beneplácita con respecto al pronunciamiento militar que llevó a sumarse y a colaborar en dicha empresa; y octubre-diciembre, en donde, de igual manera, podemos apreciar el distanciamiento, desilusión e incluso hostilidad que acabaron conduciendo a su ostracismo social y muerte; así como también antes de esta narración central, los

antecedentes previos a la Guerra Civil bajo una óptica unamuniana.

El recorrido por los últimos meses de Miguel de Unamuno en Salamanca, en medio del estallido de la Guerra Civil Española, nos permite en síntesis comprender no solo la trayectoria íntima de un pensador viejo y en crisis, sino también el reflejo de una nación rota en medio de su propia autodestrucción. Unamuno, como tantos otros españoles, se adhirió en un primer momento al Levantamiento del 18 de Julio movido por la esperanza de una regeneración moral frente al caos republicano y, sin embargo, la experiencia inmediata de la represión, el contacto con la brutalidad militar y la constatación de la instrumentalización de sus palabras lo condujeron al espanto y al desencanto con sus salvadores.

Su itinerario vital entre julio y diciembre de 1936 constituye una metáfora de la España de su tiempo, atrapada entre los “hunos” y los “hotros”, incapaz de sostener un espacio de diálogo, de libertad, de tolerancia y de razón entre ellos mismos y entre las partes beligerantes. Y más aún, en su soledad tras los sucesos del 12 de octubre, Unamuno llevó a encarnar en sus máximas el fracaso de los ideales regeneradores que habían acompañado a la Segunda República, misma encarnación que muchos otros intelectuales como Alcalá-Zamora, que trajeron la República y que la República, despreciada y vendida por “hunos” y “hotros”, murió con ellos, desencantada. En definitiva, Unamuno encarnó la tragedia de una sociedad que eligió la violencia, el cainismo incivil, por encima de la palabra y de la democracia.

4. Bibliografía

- Abella, Rafael. *La vida cotidiana durante la Guerra Civil: La España Nacional*. Ediciones Planeta, 1975.
- . *La vida cotidiana durante la Guerra Civil: La España Republicana*. Ediciones Planeta, 2004.
- Álvarez Tardío, Manuel y Villa García, Roberto. 1936. *Fraude y violencia en las elecciones del Frente Popular*. Espasa-Calpe, 2017.
- Bécarud, Jean. *Miguel de Unamuno y la Segunda República*. Taurus, 1965.
- Bennassar Bartolomé. *El infierno fuimos nosotros: La Guerra Civil Española (1936-1942)*. Taurus, 2005.
- Buckley, Henry. *Vida y muerte de la República Española*. Editorial Espasa-Calpe, 2005.
- Casanova, Julián. *España partida en dos: breve historia de la Guerra Civil Española*. Crítica, 2013.
- Castro, Eduardo. “García Lorca en el recuerdo. Artículo en dos entregas de Luis Rosales en ABC”

147 Robledo Hernández (ed.), *Salamanca en la Guerra Civil Española*, 233-261. Caso de su particular y multitudinario entierro con su grandilocuente velatorio al que asistieron autoridades académicas y militares, el cual terminó con su llevada a hombros por los falangistas hasta el camposanto al grito de sus consignas de partido, así como de los muy diversos artículos que se publicaron a lo largo de toda la prensa en los quince días siguientes. Actos que, si hubiera estado vivo don Miguel de Unamuno, hubiera aborrecido inmensamente. No obstante, ahora con él ya muerto, daba vía libre al Régimen para su instrumentalización en su gran aparato ideológico y de propaganda, tal y como el propio autor vasco en vida había temido.

- Boletín de la Academia de Buenas Letras de Granada* 22 (2024): 72-77.
- Cayuela Fernández, José Gregorio (ed). *Un siglo de España: centenario 1898-1998*. Ediciones Universidad de Castilla-La Mancha, 1998.
- Claret Miranda, Jaume. “La Universidad de Salamanca, plataforma de la represión en el sistema universitario español” en *Salamanca en la Guerra Civil Española*, editada por Ricardo Robledo Hernández. Crítica, 2007.
- Cruz, Rafael. “Viejos símbolos, nuevos significados. La movilización rebelde en el verano de 1936” en *España Fragmentada*, editada por Chris Ealham y Michael Richards. Comares, 2010.
- Cuesta Bustilla, Josefina y Redero San Román, Manuel. “Desventuras del exministro Villalobos, de la guerra civil al exilio interior (1936-1955)” en *Salamanca en la Guerra Civil Española*, editada por Ricardo Robledo Hernández. Crítica, 2007.
- Díaz, Elías. *Revisión de Unamuno. Análisis crítico de su pensamiento político*. Tecnos, 1968.
- Díaz Plaja, Fernando. *La Guerra de España en sus documentos*. Gráficas Templarios, 1966.
- Domínguez Basalo, Atilano. “La idea de España en Unamuno” en *Un siglo de España: centenario 1898-1998*, editada por José Gregorio Cayuela Fernández. Ediciones Universidad de Castilla-La Mancha, 1998.
- Ealham, Chris y Richards, Michael. *España fragmentada*. Comares, 2010.
- . “Historia, memoria y la Guerra Civil española: Perspectivas recientes” en *España Fragmentada*, editada por Chris Ealham y Michael Richards. Comares, 2010.
- Egido, Luciano. *Salamanca, la gran metáfora de Unamuno*. Ediciones Universidad de Salamanca, 1983.
- . *Agonizar en Salamanca*. Tusquets Editores, 2006.
- . “Unamuno, en guerra” en *Salamanca en la Guerra Civil Española*, editada por Ricardo Robledo Hernández. Crítica, 2007.
- García Jambrina, Luis y Menchón, Manuel. *La doble muerte de Unamuno*. Capitán Swing, 2021.
- Gibson, Ian. “Los últimos días de García Lorca: Luis Rosales aclara su actuación y la de su familia” *Triunfo: una revista abierta al sur* 1 (2012): 247-255.
- González Calleja, Eduardo. “La necro-lógica de la violencia sociopolítica en la primavera de 1936” *Mélanges de la Casa de Velázquez* 41, no. 1 (2011): 37-60.
- . “El simbolismo de la violencia durante la Segunda República Española, 1931-1936” en *España Fragmentada*, editada por Chris Ealham y Michael Richards. Comares, 2010.
- López García, Santiago y Delgado Cruz, Severiano. “Que no se olvide el castigo: la represión en Salamanca durante la Guerra Civil” en *Salamanca en la Guerra Civil Española*, editada por Ricardo Robledo Hernández. Crítica, 2007.
- Paniagua, Javier. *España. Siglo XX. 1931-1939*. Ediciones Anaya, 1995.
- Robledo Hernández, Ricardo (ed.). *Salamanca en la Guerra Civil Española*. Crítica, 2007.
- Sá Mayoral, Carlos. *Miguel de Unamuno: ¿Muerte natural o crimen de Estado?* Cuadernos del Laberinto, 2021.
- Salcedo, Emilio. *Vida de Don Miguel*. Ediciones Anaya, 1964.
- Thomas, Hugh. *La Guerra Civil Española*. Ruedo Ibérico, 1967.
- Unamuno, Miguel de. *Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca*. Ediciones Beitia, 1997.
- . *Obras completas, tomos I-VIII*. Escelicer, 1965-1971.
- . *El Resentimiento Trágico de la Vida*. Ediciones Pretextos, 2019.
- Vincent, Mary. “Las llaves del Reino: Violencia religiosa en la Guerra Civil Española, julio-agosto de 1936” en *España Fragmentada*, editada por Chris Ealham y Michael Richards. Comares, 2010.